

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Año VIII, Vol. 1/2, 2004: 131-198
ISSN: 0717-5248

DISCURSOS DE CLASE EN EL CICLO SALITRERO: LA CONSTRUCCIÓN IDEOLÓGICA DEL SUJETO OBRERO EN CHILE, 1890-1912*

JULIO PINTO VALLEJOS **

«¿Quién es la clase proletaria? La que trabaja diariamente ora en la agricultura, en las minas, salitreras, fábricas o talleres; la que produce el fruto, la tela, el vestuario, el libro, la casa, el arte, las maquinarias; el brazo poderoso del obrero que produce todas las riquezas es el verdadero dueño de todo lo existente sobre la faz de la tierra, menos de su compañera: la mujer». (*El Obrero Libre*, Estación Dolores, Tarapacá, 25 de junio de 1904).

RESUMEN

Centrándose en el período histórico en que comienza a cristalizar una identidad clasista entre los sectores populares chilenos, este artículo explora los «discursos de clase» que comienzan a circular en el mundo salitrero en el tránsito del siglo XIX al XX. Se postula que esos discursos, de sello obrerista, contribuyen a la construcción de una nueva autopercepción de estos acto-

* Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt N° 1010077, financiado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica-CONICYT-Chile. Se agradece muy especialmente la colaboración de Rolando Alvarez Vallejos y Alberto Harambour Ross. También se agradece a la Sociedad Gran Unión Marítima de Iquique, y especialmente a su Directorio, presidido por el Sr. Alberto González Vega, por haberme permitido consultar el archivo privado de dicha institución.

** Universidad de Santiago de Chile.

res como sujeto colectivo, proporcionando diversas claves de sentido que fueron formando parte del proceso de constitución de una clase obrera que se identificaba prioritariamente como tal. De allí, emergieron demandas de humanidad, de ciudadanía y, finalmente, de revolución, que marcarían los proyectos obreros durante lo que restaba del siglo XX.

Palabras Clave: Identidades Colectivas, Clase Obrera, Historia Salitrera.

ABSTRACT

Within the time-frame which saw the emergence of a modern working-class identity among Chile's popular sectors, this article explores the «class discourses» that circulated in the nitrate-producing regions at the turn of the 20th century. Its argument suggests that these discourses fed into the making of a new collective self-image in which workers came to see themselves primarily as members of a collective body defined by its relationship to the labor process, that is, as a class. From this perception emerged demands for human recognition, citizenship and revolutionary change which inspired most working-class projects during the 20th century.

Key words: Collective Identities, Working Class, Nitrate History.

DESDE LOS TIEMPOS DE la primera Revolución Industrial, la teoría social viene debatiendo acerca de la centralidad de las clases en la conformación, funcionamiento y transformación de las sociedades humanas, así como en la gestación de las conductas e identidades colectivas. Para el marxismo, como se sabe, la clase social era la categoría determinante en la explicación de todos estos fenómenos; pero también la vertiente weberiana le reconoció un papel, si no el excluyente de otros factores, como el estatus o el poder, a lo menos igualmente relevante al momento de hacer inteligible la acción social, sobre todo en la era del capitalismo. Durante el siglo XX, la discusión mantuvo su curso, ya sea en el sentido de pretender verificar (o refutar) la validez empírica de esta categoría analítica, ya en el de problematizar los nexos entre la pertenencia a una cierta «situación» de clase y la acción efectiva de los sujetos; entre la clase «en sí» y la clase «para sí». Aun ahora, cuando el desafío postestructuralista y posmoderno pareciera cuestionar radicalmente estas pretensiones explicativas, relegando a la clase social al mismo rincón

en que yacen otros mitos ilustrados, como el progreso o la razón, la sociología y la historia social siguen interrogándose sobre la potencialidad analítica de este constructo. Profundamente arraigada en el sentido común elaborado a lo largo de los dos últimos siglos, la idea de la clase social como bloque estructurante y principio de acción colectiva se resiste a desaparecer.¹

Pero lo que hoy podría aparecer como dudoso o problemático, durante el período cubierto por este artículo recién despuntaba en Chile como clave explicativa, no sólo para los observadores y analistas de lo social, sino para los propios actores que, en uno y otro extremo de la jerarquía social, comenzaban a verse a sí mismos como miembros de entidades colectivas definidas en términos clasistas, y a reconocer sus identidades comunes en dicha matriz. Para Chile y América Latina, el paso del siglo XIX al XX marcó también la creciente autovisualización de los actores, sobre todo de los de extracción popular, como parte de una «clase trabajadora» con intereses, problemas y aspiraciones compartidos, y como un sujeto llamado a inaugurar nuevas formas de convivencia humana. En ese contexto, este artículo no se propone intervenir en el debate teórico sobre la validez «científica» u «objetiva» de la categoría «clase» para dar cuenta de la dinámica de las sociedades capitalistas, en el sentido antes dicho de que la pertenencia de clase, reflejada en una correspondiente conciencia, sería en ellas el principal motor de la acción colectiva.² Más bien, lo que interesa es explorar y caracterizar las primeras expresiones explícitas de identidad clasista en el mundo popular chileno del período de la cuestión social, que es cuando dicha condición comenzó a ser reconocida por los propios actores como un referente definitorio.³ Para tal efecto, se ha elegido como foco el espacio social configurado en

1 El debate sobre la clase social como categoría de análisis histórico ha sido resumido y compendiado en Patrick Joyce (ed.), *Class*, Oxford University Press, 1995. Un recuento más específicamente volcado a la teoría social en Rosemary Crompton, *Class and Stratification: An Introduction to Current Debates*, segunda edición actualizada, Cambridge, Polity Press, 1998. Ver también los artículos publicados en el N° 59/60 de *Zona Abierta*, bajo la dirección de Julio Carabaña y Andrés de Francisco, «Teorías contemporáneas de las clases sociales», Madrid, 1992.

2 Una formulación clásica de esta problemática es la de Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, editada originalmente en 1922. Discusiones más recientes son la de Anthony Giddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, edición original inglesa, Londres, Hutchinson & Co., 1973; y Eric Olin Wright, *Classes*, Londres, Verso, 1985; y *Class Counts*, Cambridge University Press, 1997.

3 Sobre el concepto de «cuestión social», ver Robert Castel, *Las metamorfosis de la cuestión social*, edición original francesa, París, Librairie Arthème Fayard, 1995. Para Chile, ver Mario Garcés Durán, *Crisis social y motines populares en el 1900*,

torno de la explotación del salitre, más específicamente en la entonces provincia de Tarapacá, uno de los que más tempranamente sirvió de escenario en nuestro país —también en países vecinos, como Perú y Bolivia, fuertemente representados entre el proletariado salitrero— para la articulación de discursos identitarios inequívocamente obreros.

No se pretende, por tanto, establecer si «por detrás» de tales discursos existían realidades materiales que los hacían históricamente inevitables, o que los adecuaban mejor a las necesidades objetivas de los sujetos que los emitían. Ésta, como se sabe, es una discusión que ha tensionado a la historiografía social prácticamente desde sus orígenes, sin que esfuerzos como los de E. P. Thompson por conciliar lo material y lo cultural mediante categorías como la de «experiencia» hayan resuelto plenamente el debate. Autores como Gareth Stedman Jones, Joan Scott y William Sewell Jr. incluso han cuestionado la supuesta materialidad de lo económico, o la también supuesta transparencia del lenguaje como mero portavoz de intereses objetivos que preceden a la conciencia.⁴ Para ellos, la adopción de una identidad colectiva centrada en la clase no sería tanto el reflejo de alguna base estructural preexistente, como un acto de construcción sociocultural efectuado por sujetos empeñados en dotar sus vidas de sentido. Así, la selección de ese referente no sería ni más «correcta» ni excluyente de otros (el género, la nación, la etnia, la religión), a los cuales las personas también echan mano en su afán por identificarse colectivamente. Se concluye que por esa razón, dichas identidades suelen ser bastante plásticas y multifacéticas, cambiando de una etapa a otra y conviviendo simultáneamente dentro de un mismo sujeto.⁵ Pero, por

Santiago, Documentas, 1991; y Sergio Grez Toso, *La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores*, Santiago, DIBAM, 1995, sobre todo su «Estudio preliminar».

4 Gareth Stedman Jones, *Languages of Class*, Cambridge University Press, 1983; Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Londres, Princeton University Press, 1988; William H. Sewell Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge University Press, 1980. Ver también Lenard R. Barlanstein (ed.), *Rethinking Labor History: Essays on Class and Discourse Analysis*, Urbana, Illinois University Press, 1993; y la Parte C de Patrick Joyce (ed.), *Class*, *op. cit.*

5 Sobre el carácter y problemática de las identidades colectivas, ver Jorge Larraín, *Identidad chilena*, Santiago, LOM, 2001; y, en un plano más general y teórico, Pierre Tap (ed.), *Identités collectives et changements sociaux*, Toulouse, Éditions Privat, 1986; Charles Taylor, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, edición original inglesa, Harvard University Press, 1989; y Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity*, Stanford University Press, 1991. En el caso del mundo

el mismo criterio, no parece casual que en un momento determinado de la historia, la categoría clase haya irrumpido con tanta fuerza y adquirido una aceptación tan amplia, convirtiéndose (al parecer) en uno de los pilares de un nuevo ser social-popular. Ése es el fenómeno que, remitiéndose a las expresiones y los lugares desde los que ellas se formularon, pretende auscultar este artículo.⁶

Para tal efecto y a modo de primera aproximación, se revisarán aquellas fuentes en que los discursos «obreristas» han quedado explícitamente plasmados y argumentados. Por las características del período, éstas son de procedencia mayoritariamente periodística, tanto de prensa política —que, a partir de 1890, comienza a apelar cada vez con mayor frecuencia a la figura del obrero— como de prensa mutualista o de orientación más estrictamente «social». Cabe consignar a este respecto que el primer periódico propiamente obrero que aparece en la región salitrera tarapaqueña es precisamente *El Obrero*, publicado a comienzos de 1896 por una liga de sociedades mutualistas. Con el cambio de siglo, se fundan otros medios de orientación análoga, como *El Pueblo*, órgano del Partido Demócrata; *El Trabajo*, de la Mancomunal Obrera de Iquique, y esporádicos periódicos anarquistas. Paralelamente, desde alguna prensa entonces denominada «burguesa», se despliega un discurso semejante de afirmación obrerista, que también será objeto de análisis. Estos registros se complementarán con proclamas, panfletos, poesía popular o discursos públicos en que se procura igualmente relevar una identidad proletaria. En suma, se trata de levantar y caracterizar un catastro de los discursos clasistas que, en el tránsito del siglo XIX al XX, pugnaron por constituir ideológicamente al naciente proletariado pampino.

salitrero, Sergio González ha insistido también en la importancia de otros referentes, como el género o la etnia, para dar cuenta de la identidad pampina; ver su *Hombres y mujeres de la pampa*, 2ª. Edición, Santiago, LOM, 2002.

6 Un ejercicio análogo ha sido emprendido, con gran sutileza teórica y sólido sustento empírico, por la historiadora brasileña Angela de Castro Gomes en su obra *A invenção do trabalhismo*, Rio de Janeiro, Relume Dumará, 1994. Dice esta autora en relación con sus propósitos: «La clase trabajadora, por consiguiente, no está siendo entendida como una totalidad armónica, un sujeto unívoco en busca de una identidad. Ella es tratada a través de un conjunto diferenciado de propuestas que luchan y compiten por el monopolio de la ‘palabra obrera’. La multiplicidad de versiones sobre el pasado, presente y futuro de esta clase trabajadora hace de lo que ‘efectivamente ocurrió’ un aspecto secundario para el análisis. Lo primordial aquí es siempre la propuesta de los actores involucrados en el proceso y —lo que nos remite de manera inevitable a lo que ‘efectivamente ocurrió’— su esfuerzo y capacidad para transformar sus versiones en ‘hechos reales’», *op. cit.*, p. 9, traducción libre.

Podría objetarse que el ámbito de lo discursivo no se agota en este tipo de expresiones, por lo general de carácter intencionado, instrumental o abiertamente manipulatorio. Igualmente discursiva puede ser la simbología (estandartes, banderas, escudos) que en ese mismo tiempo comenzó a incidir en la construcción de una clase obrera como actor deliberante y propositivo, o las acciones y organizaciones a través de las cuales esto se hizo manifiesto (y que, a menudo, en el caso de las segundas, eran las que publicaban los periódicos arriba mencionados). En alguna medida, el análisis que sigue también hará referencia a estas otras dimensiones. Sin embargo, por razones metodológicas y de delimitación de variables, en esta oportunidad ha parecido más conveniente centrarse en un espacio analítico más restringido y tratar de profundizar un poco más en sus potencialidades específicas. Como se verá en lo que sigue, éste será más que suficiente para documentar los primeros pasos en la constitución de una identidad popular definida explícitamente como obrera, y que no por casualidad se enmarca temporalmente entre la primera huelga general salitrera (y nacional), en 1890, y la fundación, en 1912, del Partido Obrero Socialista, el primero que logró perdurar como entidad estrictamente clasista.

Respondiendo a un criterio esencialmente cronológico, el análisis comienza con la revisión de un discurso obrerista de procedencia un tanto inesperada para quien suscriba visiones esencialistas sobre la gestación de las conciencias de clase, como lo fue el elaborado y difundido por alguna prensa política «burguesa» y por las organizaciones que la sustentaban. Como se verá, un papel fundamental en este sentido fue el desempeñado por el balma-cedismo, derrotado en la guerra civil de 1891, cuya estrategia de reinserción electoral lo condujo a desarrollar una campaña de reclutamiento obrero inusitadamente prolongada y beligerante. Aunque no podría sostenerse que esa agrupación haya sido absolutamente pionera en hacer una apelación clasista, su mayor acceso a los medios de comunicación y de expresión política ciertamente contribuyó a consolidar y legitimar una propuesta que, de haber surgido exclusivamente desde el mundo popular, probablemente habría despertado mayores resistencias oficiales. La revisión continúa con los discursos surgidos desde la propia clase obrera, que sólo comienzan a adquirir cierta estabilidad pública desde mediados de la década de 1890. Siempre en clave cronológica, se trata primeramente el emitido por las sociedades de socorros mutuos, que, como se dijo, originaron en 1896 el primer periódico verdaderamente obrero de la región. Se sigue con el discurso de la Combinación Mancomunal Obrera de Iquique, fundada en 1900, y luego con algunos pe-

riódicos anarquistas publicados entre 1902 y 1907. El análisis concluye con el tratamiento del Partido Democrático, que si bien fue fundado como referente político regional en 1890, recién a fines de 1899 logró dotarse de un órgano estable de expresión periodística. No obstante ser contemporáneo de los discursos mancomunal y anarquista, si se ha optado por analizarlo al final ha sido tanto por su mayor proyección en el tiempo como por ser el tronco desde el que surgió, en 1912, el Partido Obrero Socialista, uno de los principales hitos de identidad clasista que conocerían las provincias salitreras en las décadas finales de su ciclo expansivo. Así visto, el principio que inspira el ordenamiento de estos discursos no responde a un carácter teleológico, sino a una mera opción analítica.

1. EL DISCURSO BURGUÉS

El de 1890 fue el año en que los discursos de clase comenzaron a asentarse definitivamente en el espacio salitrero. La paralización de labores, iniciada en julio de ese año en el puerto de Iquique y propagada desde allí hacia otros oficios y ciudades del país, marcó la primera huelga general en la historia regional y nacional. Desde ese momento en adelante, cada vez fue más difícil desconocer la existencia e implicancias de la emergente «cuestión obrera», como algunos personeros de elite aún insistían en hacerlo. No se trataba, por cierto, del primer conflicto laboral que remecía a la sociedad salitrera, ni de la primera ocasión en que los trabajadores apelaban a su condición de clase para legitimar sus demandas y desplegar su protagonismo. En un trabajo anterior, se demostró que en las décadas anteriores a la Guerra del Pacífico pueden atisbarse indicios de identidad clasista en el peonaje salitrero en vías de proletarización, los que tendieron a acentuarse y hacerse todavía más explícitos durante los primeros años de la posguerra.⁷ Así, por ejemplo, con motivo de una huelga de trabajadores portuarios acaecida en septiembre de 1887, sus promotores (los mismos que iniciarían la de 1890) ampararon sus actos en lo que denominaban «el derecho y razón que nos corresponde en la clase de jornaleros y como ciudadanos de la República a que pertenecemos». Pero hasta el gran movimiento de 1890, éstas no pasaron de ser formulaciones esporádicas y con muy limitado acceso a los principales órganos de expresión pública. A partir de esa experiencia, en cambio, el dis-

7 Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, «Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)», *Historia* N° 36, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2003.

curso obrero y clasista se convirtió en una presencia reiterada y permanente.⁸

Uno de los aspectos más relevantes de esta transición, al que las siguientes páginas otorgan un sitio de privilegio, fue la articulación de tales discursos desde el propio mundo popular. Antes de 1890, fue muy raro que, en las provincias salitreras, los trabajadores mismos tomaran oficial y masivamente la palabra para definirse como tales y reclamar en dicha condición derechos y protagonismos, como sí lo harían cada vez con mayor intensidad a partir de la última década del XIX.⁹ Gran parte de este artículo se dedica precisamente a constatar y caracterizar ese fenómeno. Sin embargo, hubo también actores ajenos a esa clase que estimaron pertinente, más o menos al mismo tiempo (y por motivos que se intentará establecer), levantar un discurso obrerista que se sostuvo a través de los años, y posiblemente contribuyó a la fijación entre sus destinatarios de una identidad fundada en tal referente. Como lo han sugerido diversos analistas de las identidades colectivas, los sentimientos de pertenencia y de diferencia que ayudan a conformar una imagen del sí mismo social se alimentan por igual tanto de las representaciones propias como de lo que Luis Alberto Romero ha denominado «la mirada del otro».¹⁰ En ese sentido, sin perjuicio de que la identidad obrera se plantease casi siempre en un registro contestatario (o derechamente antagónico) respecto de las clases dominantes, no deja de ser interesante que, desde estas últimas, también emanaran incitaciones a reconocerse prioritariamente en su condición proletaria. En consecuencia, este primer apartado se consagrará a explorar esa dimensión menos conocida, pero talvez no menos influyente,

8 A nivel regional, esta encrucijada ha sido analizada extensamente en Julio Pinto V., *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Editorial Universidad de Santiago, 1998. Para la dimensión nacional, ver Sergio Grez Toso, *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, DIBAM, 1997; y su ya citada *La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores*.

9 Se recalca aquí principalmente el elemento de masividad, pues a nivel de empresas o gremios específicos sí existen testimonios de este tipo de afirmación clasista anteriores a 1890. Así, por ejemplo, el artículo citado en la nota 7 da cuenta de una huelga verificada en 1879 por los operarios de la maestranza del ferrocarril de Antofagasta, donde se plantea un discurso combativamente obrerista.

10 Luis Alberto Romero, «Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: la cuestión de la identidad», *Desarrollo Económico* 27, N° 106, Buenos Aires, 1987; y «Los sectores populares urbanos como sujetos históricos», *Proposiciones* 19, Santiago, SUR, 1990. Ver también las referencias citadas en la nota N° 4, sobre todo la Introducción de Pierre Tap al libro editado por él, denominado *Identités collectives et changements sociaux*, *op. cit.*

del proceso de construcción identitaria popular que se quiere caracterizar.¹¹

En verdad, las primeras manifestaciones de esta invocación obrerista «desde arriba» precedieron en varios años al estallido de la huelga de 1890. Hacia fines de 1884, con motivo de un fuerte recrudecimiento en el desempleo regional, un articulista, que se firmaba L. L. Venegas, publicó en el diario iquiqueño *La Industria*, de orientación liberal, una larga exposición titulada «El trabajo en la pampa». Junto con denunciar los abusos que padecían los trabajadores del salitre —tema que recurriría una y otra vez en los años por venir—, Venegas, autodenominado como el «portavoz del pueblo trabajador», hacía notar que las víctimas de tales abusos eran los mismos que pocos años antes habían arriesgado sus vidas para asegurar la posesión de los ricos territorios salitreros para Chile. Abundando en la postura conmisericordiosa de sus «infelices compatriotas de la pampa», el articulista echaba mano de un lenguaje abiertamente clasista:

«Los infatigables obreros de las faenas del trabajo de la pampa, dejados sin ocupación después del convenio celebrado por los dueños de oficinas salitreras que forman parte del Comité Salitrero, tienen derecho bastante para suponer que, transcurrido algún tiempo, por una circunstancia cualquiera, se les deje nuevamente en el mismo abandono observado en los meses pasados. Por otra parte, las clases trabajadoras de nuestro pueblo no pueden mirar con buenos ojos las alternativas del trabajo que se les proporciona: asegúreseles un trabajo estable, déseles garantías en el pago del jornal y no se les trate con el despotismo que las más veces se emplea, y así, a no dudarlo, en cualquiera época, en cualquier tiempo de aumento de faenas, los brazos no escasearán jamás».¹²

La hasta entonces inédita arremetida de Venegas dio lugar a una indignada réplica de otro de los diarios burgueses de la ciudad, *El Veintiuno de Mayo*, cuyo editorialista situó la polémica derechamente en el campo de la lucha de clases: «las declamaciones en alta voz y la hostilidad entusiasta para con aquellos que a costa de su trabajo han llegado a construirse una fortuna, es el recurso ya viejo e impotente que en todas las épocas, en la comunista como en la eleccionaria, han puesto en juego los falsos defensores del pueblo para encender y avivar en él la envidia y los rencores». Y concluía: «quieren establecer entre capitalistas y proletarios las odiosas luchas que en todos los tiempos han

11 Este fenómeno ha sido analizado desde un ángulo levemente diferente en mi artículo «¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)», publicado como capítulo 6 de *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, op. cit.

12 *La Industria* (Iquique), 14 de diciembre de 1884.

separado a los hombres de color de los blancos, siendo que ni los unos ni los otros podrían marchar sin recíproco auxilio e igualdad de miras». ¹³ Cuadro tan nítido y sistemático de una sociedad estructurada en clases antagónicas no había sido esbozado antes en la zona por ninguna pluma obrera.

Esta primera invocación a la conciencia de clases desde un medio claramente no obrero no parece haber tenido continuadores en el futuro inmediato, o al menos así lo indican las fuentes consultadas. Sin embargo, cinco años después, un fenómeno similar y más sostenido en el tiempo sirvió de antesala (y, según acusaron algunos posteriormente, de provocación) para el estallido de las varias veces recordada huelga de 1890. Al despuntar ese año, en Iquique se había fundado un diario de orientación liberal titulado *El Nacional*, dirigido por Enrique Vergara y Vergara, y editado por Juan Vicente Silva. Revelado prontamente como un fuerte detractor de la influencia ejercida en la zona por el consorcio empresarial encabezado por el británico John Thomas North, este medio de opinión albergó en sus columnas a un anónimo articulista que se firmaba como «Calichero», quien durante varios meses emuló a L. L. Venegas en su afán denunciatorio de los abusos cometidos en las oficinas. Como había ocurrido a fines de 1884, la economía salitrera atravesaba en ese momento por otra aguda recesión, con su habitual estela de cesantía, reducciones salariales y deterioro de las relaciones laborales. En ese contexto, las acusaciones casi diarias de «El Calichero», abundantes en nombres y detalles, y con reiterados conceptos laudatorios de los trabajadores y de su estoicismo para soportar la explotación, encontraron un público altamente receptivo. A poco andar, el columnista comenzó a recibir denuncias de los propios interesados, junto con efusivas muestras de gratitud: «no hallamos, señor, cómo manifestarle» —decían, a mediados de abril, unos «Rotos de La Palma»— «nuestro agradecimiento por los buenos resultados que está produciendo *El Nacional*. Ya se les va bajando el moño a nuestros dioses de la pampa y se conoce una merma en los abusos». ¹⁴ Justo un mes después, un autodenominado «Corresponsal en la Pampa del Tamarugal» elogiaba la valentía de «El Calichero» y acusaba a «los ricos» de abusar del respeto (en realidad, bastante discutible) que normalmente sentían «los rotos» por las instituciones, concluyendo con anunciar «el fin de la Tiranía y el amanecer de una nueva vida». ¹⁵ Un tercer denunciante, que se identificaba sólo como «J.T.G.», afirmaba que la confabulación entre empre-

13 *El Veintiuno de Mayo* (Iquique), 18 de diciembre de 1884.

14 *El Nacional* (Iquique), 15 de abril de 1890.

15 *El Nacional* (Iquique), 15 de mayo de 1890.

sarios y autoridades locales había terminado por demostrarle «al operario que la ley y sus garantías no se hicieron para él», por lo cual no quedaba otra tribuna para exponer sus quejas que la prensa al estilo de *El Nacional*.¹⁶

Las intervenciones motivadas por «El Calichero» podían incluso adoptar un registro poético, como lo revela el siguiente acróstico inspirado en el nombre del vilipendiado John Thomas North:

Jugar con el obrero, esa es tu gloria
Usurpar sus derechos, tu desvelo;
Amontonar riquezas, tu victoria;
Negar tu auxilio al pobre, ése es tu anhelo;

Tenemos, sin embargo, quien con celo;

Nos libre de tus bajos artificios
Oponiendo a tu sed de beneficios
Reproche tanto, que llegando al cielo
Te impida airado, generoso y bueno
Hagas sufrir al corazón chileno.¹⁷

La fuerza que fue tomando esta campaña provocó la previsible alarma en los salitreros, quienes comenzaron a prohibir en sus establecimientos la introducción de un periódico que «alborotaba a los trabajadores». ¹⁸ Advertieron desde un comienzo la conveniencia de que «estos caballeros se abstengan de exasperar la proverbial mansedumbre de nuestros pobres rotos, pues la sogá se puede cortar el mejor día y de sus consecuencias nadie será responsable, sino aquellos que agotaron su paciencia», ante lo cual «El Calichero» ironizaba sobre el nerviosismo de «los semidioses del salitre» ante la perspectiva de que «nuestros rotos, cansados de tantos abusos quisieran hacerse justicia por sí mismos», pasando a las vías de hecho.¹⁹ Sin embargo, poco después, una nueva «Carta de la Pampa» parecía confirmar los temores patronales al invitar al «Calichero» a encabezar un movimiento destinado a materializar la unión obrera:

«Esperamos que al insinuar a ‘Calichero’ este paso no ha de haber algún espíritu asustadizo que quiera ver en ello un trastorno violento del orden social establecido.

16 *El Nacional* (Iquique), 4 de junio de 1890.

17 *El Nacional* (Iquique), 3 de mayo de 1890.

18 *El Nacional* (Iquique), 2 de abril de 1890.

19 *El Nacional* (Iquique), 25 de febrero y 24 de mayo de 1890.

El operario ha manifestado en varias ocasiones su opinión a este respecto, y ha probado siempre el respeto y sumisión que le merecen los preceptos constitucionales que organizan el país, aunque los agentes a quienes ordinariamente se encomienda su custodia y buen tratamiento anden casi siempre, al menos por estas latitudes, ‘a la rastra’ con el depósito sagrado».²⁰

Así las cosas, la iniciación de la huelga durante el mes de julio, y los hechos de violencia a que ella dio lugar tanto en Iquique como en las oficinas y pueblos de la pampa, parecieron confirmar la eficacia de la prédica de *El Nacional*, más aun cuando los huelguistas invocaron abiertamente durante sus movilizaciones el liderazgo de ese periódico y del ya mítico «Calichero». Fulminaba al respecto un periódico de opinión adversa:

«Sin las insinuaciones tan ruines como audaces del diario titulado *El Nacional*, sin sus reiteradas calumnias, encaminadas a despertar el encono de las clases trabajadoras, cuyas pasiones excitaba haciéndole comprender que las privaciones a que, por su condición, están sujetas, eran debidas únicamente a la codicia insaciable de los que, según él, especulaban con su miseria y sufrimiento, sin su decidido y constante batallar por hacer odioso al pueblo todo lo que huele a extranjerismo, el movimiento operado últimamente se habría operado en las mismas tranquilas condiciones en que otros análogos se han llevado a cabo anteriormente».²¹

Dicho juicio era refrendado por la máxima autoridad regional, el poeta Guillermo Blest Gana, en los siguientes términos:

«Creo conveniente recordar también que los ánimos de los trabajadores pudieron estar excitados con motivo de las publicaciones que de tiempo atrás hacía el diario *El Nacional* dando cuenta de atropellos e injusticias cometidas por los administradores de las oficinas salitreras con los trabajadores chilenos y en que se amenazaba aquellos con lo que podía sucederles el día en que éstos quisiesen sacudir el yugo que los oprimía».²²

Lamentablemente, la colección de *El Nacional* depositada en la Biblioteca Nacional se interrumpe justo antes de la huelga (junio de 1890) para no reaparecer sino hasta fines de 1891, lo que impide saber si su discurso obrerista se proyectó más allá de esa coyuntura. Durante el conflicto mismo, por cierto, su director y propietario fue arrestado por «azuzar a los revoltosos en medio de la poblada», pero sólo para ser prontamente liberado.²³ Al revi-

20 *El Nacional* (Iquique), 19 de junio de 1890.

21 *La Voz de Chile* (Iquique), 10 de julio de 1890.

22 *Archivo Intendencia de Tarapacá*, vol. 183, Intendente a Juez Letrado Vital Martínez Ramos, 29 de septiembre de 1890.

23 La causa en su contra está depositada en el *Fondo Judicial de Iquique*, 1890, legajo

sar los ejemplares del periódico de la época en que vuelven a estar disponibles, se constata que la línea editorial, siempre bajo la conducción de Vergara, se había alejado completamente de tal registro, llegando *El Nacional* a convertirse en uno de los periódicos más «respetables» de la localidad. De este modo, el silencio impuesto por el azar de la conservación documental no permite determinar bien los motivos que llevaron a este medio a desarrollar tan arriesgada estrategia, quedando como única explicación posible la ya mencionada campaña en contra del consorcio North y, como por extensión, contra los salitreros ingleses en general. Más que una intención obrerista, por tanto, se estaría en presencia de una sensibilidad nacionalista. Así y todo, su incursión en la agitación popular fue mucho más duradera que la insinuada por Venegas en 1884, y su impacto sobre sus destinatarios resultó incomparablemente más efectivo. Iniciada la década del noventa, la receptividad del mundo obrero ante una convocatoria cimentada en sus intereses y agravios de clase iba en indesmentible aumento.

Talvez por eso mismo, no tardó mucho en incubarse desde el mundo burgués una nueva tentativa por apelar a dichos sentimientos. En esa ocasión, la iniciativa surgió del partido balmacedista, derrotado en la guerra civil de 1891, cuyo reingreso a la legalidad política se vio mediatizado por una nueva legislación electoral que, por primera vez en la historia de Chile, hacía depender el acceso a los cargos públicos del resultado efectivo en las urnas. Y aunque éste siguió siendo distorsionado por prácticas como el cohecho (compra de votos) y el caciquismo ejercido por los sectores de elite, en una región como la salitrera, de gran fluidez demográfica e índices relativamente altos de alfabetización masculina, una agrupación temporalmente proscrita del sistema podía intentar una recuperación por la vía de movilizar un electorado numeroso como el obrero.²⁴ Fue así como las primeras incursiones legales del balmacedismo nortino, tras su derrota militar, apuntaron claramente a

1722, pieza 11.

24 La transformación del sistema político chileno tras la guerra civil de 1891, con una incidencia mucho mayor de los partidos y los resultados electorales, ha sido minuciosamente analizada por Julio Heise en el segundo tomo de su obra *Historia de Chile. El Período Parlamentario 1861-1925*, subtitulada «Democracia y gobierno representativo en el período parlamentario», Santiago, Universitaria, 1982. Ver también René Millar, «El parlamentarismo chileno y su crisis 1891-1924», en Óscar Godoy (ed.), *Cambio de régimen político*, Santiago, 1992; y J. Samuel Valenzuela, «La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen chileno», *Estudios Públicos*, vol. 71, Santiago, CEP, 1998. La estrategia balmacedista en Julio Pinto V., «¿Cuestión social o cuestión política?...», *op. cit.*

establecer una identificación, como antes lo habían hecho L. L. Venegas y *El Nacional*, con los intereses y aspiraciones de la clase obrera.

El primer y más importante vehículo para lograr dicho objetivo fue nuevamente un periódico, titulado intencionadamente *El Jornal*. Comenzó a aparecer el 12 de junio de 1893, bajo la dirección del periodista Carlos F. Medina, y es caracterizado por el historiador Gonzalo Vial como representante de una nueva ala «izquierdizante» del balmacedismo, asociada a la penetración de este movimiento por elementos «mediocráticos».²⁵ Durante sus cuatro años de vida, ese órgano utilizó sus columnas para desplegar un discurso obrerista mucho más sistemático y militante que todo lo visto en la zona hasta entonces, y para promover desde allí diversas iniciativas (fundación de asociaciones obreras, apoyo a movimientos reivindicativos, cooptación de cuadros obreros a la actividad partidista) que contribuyeron a dar un perfil mucho más concreto a dicha posición. Su impacto específico en la gestación de una identidad obrera permanecerá siempre, obviamente, como objeto de debate; pero los ejemplos que se exponen a continuación sirven a lo menos para dar pie a una reflexión preliminar sustentada en dicha hipótesis.

Así, al exponer en su primer número la línea editorial que desarrollaría, *El Jornal* aseguraba que su objeto principal sería «el perfeccionamiento económico, moral y político de las masas populares llamadas a regir en el mañana los destinos de la patria; nuestro ideal es hoy y será siempre el mejoramiento de la condición económica del obrero, que hasta el presente ha cambiado tan poco o más bien dicho no ha cambiado desde la era colonial por más esfuerzos que en este sentido han hecho los hombres de la familia liberal».²⁶ Según los periodistas de ese medio, sólo escapaba de este condenatorio juicio la administración de José Manuel Balmaceda, única en que presuntamente habría existido una verdadera preocupación gubernamental

25 Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Santiago, Fundación, 1981, vol. II, pp. 104-107. Sobre esta transformación del balmacedismo, considerar también la siguiente cita de Julio Heise: «Se procuró atraer a los sectores de clase media y al pueblo atacando a la clase alta y al clero como culpables de la miseria y de la pobreza. La crisis económica que sobrevino a la revolución de 1891 fue particularmente propicia para esta propaganda. El radicalismo y los liberales democráticos (balmacedistas) eran los redentores de la democracia oprimida por los partidos oligárquicos y por la banca personificados en el conservantismo. Por primera vez... radicales y balmacedistas dieron a su propaganda electoral un tono abiertamente popular y demagógico», Heise, *Historia de Chile. El Período Parlamentario, op. cit.*, vol. II, p. 108.

26 *El Jornal* (Iquique), 12 de junio de 1893.

por el bienestar de los más pobres. En esa lectura, «la separación operada en la familia chilena» con motivo de la guerra civil de 1891 no sería sino la expresión definitiva de dicho antagonismo, el momento en que «se deslindó para siempre el campo entre demócratas y aristócratas: de un lado quedaron los nobles con sus cohortes y del otro el invicto Balmaceda que esperó triunfar con el pueblo».²⁷ El reagrupamiento de los balmacedistas bajo el alero del recién creado Partido Liberal Democrático, por tanto, no sería otra cosa que una consecuencia de «la revuelta aristócrata y religiosa», la que «ha hecho despertar a los pueblos del marasmo en que se encontraban y, hoy, cada obrero es un elemento de progreso con su brazo y un legislador con su inteligencia. Es, pues, por esto que nuestro partido, verdadera encarnación de las democracias, con sus bases en el pueblo soberano, ha tenido que entrar a entender en la cosa pública con absoluta conciencia de sus deberes y derechos y que a su marcha triunfal, del uno al otro extremo del país, no habrá valla que sea suficiente a detenerle».²⁸ «En nuestra bandera», remachaba, «hay escrito un lema general: *Todo por el pueblo*, complementado por la última práctica socialista que establece las recompensas *según las obras y según los méritos*», porque lo que realmente preocupaba y justificaba al balmacedismo resurgente era «el grandioso problema social de la actualidad, la lucha entre plebeyos y burgueses o sea rotos o acaudalados».²⁹

Como iba a hacerse habitual en el discurso obrerista, ese emergente populismo balmacedista sustentaba su doctrina social en un diagnóstico de los males que aquejaban a los trabajadores, que la época solía agrupar bajo la denominación genérica de «la cuestión social». Es a ese respecto sintomático

27 *El Jornal* (Iquique), 17 de diciembre de 1893.

28 *El Jornal* (Iquique), 29 de octubre de 1893.

29 *El Jornal* (Iquique), 27 marzo de 1894. A propósito de la mención que aquí se hace del ideario socialista, es interesante consignar que en *El Jornal* habría aparecido, según el estudio hecho por Eduardo Devés y Carlos Díaz, «el primer texto publicado por un chileno que utiliza los conceptos ‘socialismo’ y ‘socialista’ de manera sistemática y en su acepción actual». Se trata del ensayo de Víctor José Arellano «El catolicismo y el socialismo», escrito como réplica a la *Pastoral sobre la propaganda de doctrinas irreligiosas y antisociales* emitida por el Arzobispo Mariano Casanova y publicado también independientemente como folleto. Fechado en Valparaíso en mayo de 1893, su publicación en *El Jornal* se produce durante julio de ese mismo año. Ver Eduardo Devés y Carlos Díaz (eds.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, Documentas, 1987, pp. 19-27. La pastoral de Casanova está reproducida en Sergio Grez, *La «cuestión social» en Chile*, *op. cit.*, pp. 401-410, al igual que un artículo posterior de Arellano, publicado en 1896, titulado «El capital y el trabajo», pp. 437-455.

que durante sus primeros meses de publicación, *El Jornal* haya reproducido un ensayo del pensador anarquista Piotr Kropotkin, denominado justamente «La cuestión social (A los proletarios)».³⁰ Por ese mismo tiempo, y más cerca de la realidad chilena, aparecía un largo artículo escrito especialmente para ese periódico por el connotado publicista nacional Pedro Pablo Figueroa, cuyo título era «Las Colectividades Laboriosas: Situación actual de la clase obrera nacional y los medios legales y racionales para mejorarla». Comenzaba Figueroa con una declaración de intenciones: «Las difíciles circunstancias por que atraviesa la clase obrera nacional, tanto en su condición económica como patriótica y social, nos señalan los deberes de fraternidad y patriotismo que estamos en la obligación de cumplir para procurar remediarlos por todos los medios legítimos puestos a nuestro alcance por nuestras leyes y nuestros derechos de ciudadanos y de hombres libres». Luego enumeraba los problemas específicos que daban forma a tan angustiosa coyuntura: la depreciación de la moneda, el alza de los precios de los artículos de consumo, el aumento de los cánones de arrendamiento, la imposición de múltiples contribuciones de reciente creación que «gravitan exclusivamente sobre el pueblo laborioso», y «lo que es más, el desconocimiento de los derechos de los gremios de trabajadores para reclamar la justa y equitativa retribución de sus afanes». Respecto del origen de esos males, Figueroa no vacilaba en identificar a sus responsables:

«Todas estas disposiciones desventajosas para el pueblo obrero, que vive de su trabajo diario, han sido el resultado de los propósitos de dominio exclusivo de los capitalistas e industriales, hacendados y propietarios asociados a la revolución y que tienen injerencia directa en el gobierno del país, a fin de colocar a las clases trabajadoras en condiciones completamente desfavorables en cualquiera de los casos precisos en que debe manifestarse su influencia decisiva, ya se trate de su intervención en la renovación de los poderes públicos por el sufragio popular o de propender al mejoramiento de su institución doméstica o social».

Semejante orden de cosas, agregaba, no era sólo impropio de los principios de equidad y justicia que deberían imperar bajo un régimen republicano, sino que constituía un verdadero atentado contra los requerimientos superiores de la civilización y el progreso:

«Las necesidades de la familia en el seno de una sociabilidad progresista, imponen otras exigencias de cultura, decencia e higiene que no eran comunes en otros tiempos de atraso y de abandono en el perfeccionamiento de las costumbres. En este orden de

30 *El Jornal* (Iquique), 3 de agosto de 1893.

consideraciones, el obrero moderno es muy superior al obrero de otros tiempos, en relación a los adelantos de la edad presente que está a un grado muy elevado respecto del pasado. De ahí, también, por qué el obrero se preocupa con más empeño de su condición y del mejoramiento de su familia y por consiguiente, de la sociedad y del pueblo donde se desenvuelve su acción de todos los días. Oponiéndose a su perfeccionamiento, por medio del alivio de su suerte, se arrojan a su camino obstáculos que perturban en su curso la corriente de la civilización, la cual no puede ser detenida sin que se desobedezcan las leyes que rigen el universo».

Así, pues, tanto un motivo de humanidad como los imperativos de las leyes históricas imponían el «deber de asociarnos para propender a la emancipación de las clases obreras nacionales», reuniendo para tal efecto «todos los gremios y centros obreros del país, desde Magallanes a Tacna, incluyendo en sus relaciones a los operarios de las oficinas salitreras de Tarapacá, el Toco, Aguas Blancas y Taltal, como a los impulsores de las activas colmenas mineras del desierto». «Una asociación organizada en esta forma», concluía Figueroa, «obedeciendo a un programa como el trazado en este bosquejo patriótico, sería la más poderosa reunión de ciudadanos del país y la cuna de la emancipación del pueblo laborioso y productor de la república, la verdadera conservación de la democracia en el progreso nacional».³¹

Mucho más agresivo era el análisis desplegado en una columna editorial de abril de 1894, alimentado talvez por la contundente victoria obtenida poco antes en las urnas (sobre la que se volverá más adelante), en que bajo el título «La gran crisis», se argumentaba en torno del carácter inevitable de la lucha de clases que comenzaba a agitar a «todos los países del mundo civilizado». Mientras subsistieran la miseria y el hambre, se afirmaba, la efervescencia no podría sino ir en aumento, ante lo cual la evolución del pensamiento inclinaba a los espíritus más elevados a recuperar y levantar el antiguo principio de «la igualdad de todos». «Los poseedores de la fortuna», por cierto, «alzan el grito al cielo ante estas doctrinas igualitarias. Tienen razón; es más cómodo vivir a expensas del trabajo y sacrificio de los demás, que adquiriendo a costa de sudores el alimento de cada día. Pero es aquí precisamente de donde parte el origen de la crisis: aquí nació la división entre zánganos y trabajadores, entre explotadores y explotados. Mientras más se acentúan las diferencias entre las capas sociales la tormenta se aproxima más también». Establecer estas verdades —continuaba el editorialista, posiblemente Carlos Medina— no equivalía a legitimar el anarquismo, sino simplemente a cumplir con una ineludible tarea de «observadores de los fenó-

31 *El Jornal* (Iquique), 30 de junio, 1º, 5 y 6 de julio de 1893.

menos sociales, tratando de diseñarlos buscando las causas que los producen y el efecto que están llamados a ejercer en la vida de las naciones». En ese registro, lo irresponsable era suponer que «males» como el anarquismo y el odio social podían ser subsanados mediante la mera prédica o la represión. Un análisis desapasionado, como el que proponía *El Jornal*, sólo podía desembocar en una conclusión: «O los avaros y los judíos se desprenden de sus colosales fortunas para garantir su vida, o bien el hambre hará que estalle la inmensa bomba que nivelará las castas restableciendo los grandes principios de igualdad y de democracia planteados por el más sublime de los filósofos, Jesús».³² Ni el propio discurso obrero revolucionario que se articularía en los años venideros iba a superar fácilmente el apasionamiento evidenciado en esta cita por el balmacedismo burgués.

Establecido así, con tintas más o menos cargadas, el carácter de los problemas que afectaban a la clase obrera, los fundamentos doctrinarios para su necesaria emancipación y el sentido estratégico que en esa perspectiva adquirirían la asociación y la acción colectiva, el balmacedismo nortino proponía acciones concretas para alcanzar tales metas. Una de ellas era la organización o el auspicio de sociedades obreras, tales como la Sociedad Protectora de Trabajadores, fundada el 12 de marzo de 1893 por el profesor Máximo Urízar, secundado por el ya nombrado Carlos Medina; o la Sociedad y Caja de Ahorros de los Pampinos, establecida en agosto del mismo año por el corresponsal de *El Jornal* en la pampa, Ignacio López Cood.³³ La inauguración de la primera sala de un hospital que esta última asociación levantaba en Pozo Almonte brindó al periódico balmacedista la ocasión para esclarecer la relevancia que asignaba a esas entidades:

«La idea de la emancipación germina activa en las clases trabajadoras de la pampa y no dudamos que unidas puedan obtener una victoria tan completa y brillante como jamás la haya presenciado el mundo. Por el momento, se puede decir que, los pampinos merced a esfuerzos poderosos han logrado escapar de la *tutela curativa* (sic) a que los tenían sometidos los jefes de oficina, dejándoles en completo abandono cuando necesitaban de algún auxilio. Una reforma hoy, otra mañana y así sucesivamente. Habrá de llegar el momento en que el trabajador imponga condiciones al capitalista y éste tenga forzosamente que aceptarlas: ese día será, sin duda, el más

32 *El Jornal* (Iquique), 6 y 21 de abril de 1894.

33 Sobre la Sociedad Protectora de Trabajadores, ver *El Jornal* (Iquique), 16 de junio de 1893, 13 de marzo de 1894; sobre la Sociedad y Caja de Ahorros de los Pampinos, *La Patria* (Iquique), 12 de abril de 1893, *El Jornal* (Iquique), 6 de agosto de 1893, 8 de junio de 1894.

grande de nuestra historia, porque de allí arrancará la verdadera época progresista de la patria».³⁴

Para dar fe de su obrerismo, *El Jornal* también incursionó en el ya probado expediente de denunciar los abusos específicos que, en la región, se cometían en perjuicio de los trabajadores, y ocasionalmente apoyó movimientos reivindicatorios. En relación con esto, a modo general, declaraba «aceptar las huelgas, y su prohibición la consideramos un ataque criminal contra el trabajo, en favor del capital».³⁵ Pero cuando las acciones populares alteraban gravemente el orden público, la opinión se tornaba menos favorable. Así ocurrió en el cantón salitrero de Lagunas, a mediados de 1894, cuando una amenaza de reducción de jornales derivó en un motín que destruyó instalaciones y promovió el robo de \$150.000 destinados al pago de salarios. Pese a que el periódico balmacedista justificaba el malestar obrero («Lo sucedido en esa salitrera estaba previsto y tenía naturalmente que suceder. *El Jornal* venía denunciando día a día los abusos investigados y la tirantez injustificada de que eran víctimas los operarios»), no acontecía otro tanto con el cariz adquirido por su conducta: «aplicando el condigno castigo a los culpables», pontificaba, se aseguraría que «no vuelvan a repetirse actos de barbarie y que lastiman en alto grado la reputación del trabajador chileno».³⁶

Pero donde más se prodigó el balmacedismo salitrero en su convocatoria popular, en consonancia con el sentido estratégico más profundo de esta campaña, fue en el reclutamiento electoral. Así lo planteaba explícitamente al justificar el sentido de su regreso a las lides políticas:

«El pueblo hambreado y oprimido, al elevarse, habrá de elevar a la representación nacional hombres que hayan sufrido como él; esos serán los únicos que harán obra patriótica y sana pidiendo para sus hermanos mejoras económicas, sociales y políticas. Los demás, los aristócratas, como siempre especularán con su miseria y desnuidez: sobre ellos caerá en hora no lejana el terrible anatema con que se señala a los explotadores de oficio. Para eso, precisamente para eso hemos vuelto al palenque; para combatir con el pueblo, y triunfar, señalándole, desde luego, a los que son merecedores de su confianza, como así mismo a los que no debe tomar en cuenta porque su pasada conducta los condena».³⁷

34 *El Jornal* (Iquique), 6 de agosto de 1893.

35 *El Jornal* (Iquique), 3 de enero de 1894.

36 *El Jornal* (Iquique), 20 de junio de 1894. La «sublevación obrera» de Lagunas, como la calificaron otros medios de prensa, está detallada en *El Nacional* (Iquique), 15 de junio de 1894, y *La Patria* (Iquique), 14, 15 y 16 de junio de 1894.

37 *El Jornal* (Iquique), 29 de octubre de 1893.

De cara a las elecciones parlamentarias y municipales de marzo de 1894, en las que el Partido Liberal Democrático confiaba ratificar su vigencia como referente de poder, se otorgaba a dicho ejercicio un sentido casi épico:

«Habrà de ser ésta, una lucha sin precedentes en la historia política electoral de Chile; la lucha desesperada del pueblo contra la oligarquía; el combate a muerte entre el principio democrático y el autocrático sistema gubernativo implantado por las castas *privilegiadas del dinero*. Se batirán a brazo partido y a pecho descubierto, la burguesía que ha venido humillando con su tacón despótico a los pueblos, aboliendo sus libertades, y esos mismos pueblos que ya están hartos de tanto soportar ultrajes inmerecidos y afrentas que manchan su altivez y su dignidad».³⁸

Una forma novedosa de testimoniar la confraternidad de intereses y propósitos que pretendidamente acercaba al balmacedismo a la clase obrera era la de rodear a sus dirigentes, y sobre todo a sus candidatos, de una aureola incuestionable de sensibilidad social. Así, el candidato a diputado Manuel Salinas, quien antes y durante la guerra civil se había desempeñado como Delegado de Salitreras e Intendente Provincial, era presentado por la propaganda liberal democrática como un antiguo promotor del ahorro obrero y como un funcionario permanentemente preocupado por el bienestar de la clase trabajadora.³⁹ Lo propio ocurría con el candidato a la municipalidad, Rodolfo Castro, vicepresidente del directorio partidista provincial y, hasta 1890, comandante del Gremio de Jornaleros de Iquique. Como se ha expuesto en otros trabajos, ésta era una entidad de origen y dirección fiscal que, desde los tiempos de la administración peruana, agrupaba obligatoriamente a todos los trabajadores de ribera con el fin de controlar el movimiento portuario y garantizar el pago de las contribuciones de aduana. Sin embargo, a fuerza de tanto actuar coordinadamente, esos operarios terminaron por asumir el control de dicha institución para su propio provecho, como quedó demostrado con ocasión de las huelgas marítimas de 1887 y 1890. Por esa razón, al concluir el último de esos conflictos, el Congreso Nacional dispuso la disolución de los Gremios fiscales de Jornaleros en todo el territorio, empezando por los de Iquique y Valparaíso. No obstante, al aproximarse la entrada en vigencia de la ley, el propio Rodolfo Castro propició una iniciativa tendiente a formar un «Gremio Libre de Jornaleros», destinado a evitar «la disminución del salario y la miseria a veces, en otras también y como natural

38 *El Jornal* (Iquique), 24 de enero de 1894; cursiva en el original.

39 *El Jornal* (Iquique), 23 de enero y 3 de febrero de 1894.

reacción, la alza inconsiderada de los precios de tarifa y siempre la inestabilidad del jornal tan perjudicial a los trabajadores como a las transacciones comerciales».⁴⁰

De este modo, para el período que aquí se analiza, Rodolfo Castro había demostrado sobradamente su compromiso con la situación de al menos ese segmento del proletariado local (que era, por lo demás, uno de los más influyentes y organizados), lo que, unido a su vibrante oratoria, lo hacía un candidato particularmente efectivo entre el elemento popular. Así quedó demostrado durante la asamblea en la cual el Partido Liberal Democrático dio inicio a su campaña electoral, donde figuró como el orador más ovacionado y requerido por la concurrencia («narrar el entusiasmo y emoción que llevó a los corazones la palabra del señor Castro, sería tarea más que difícil, imposible»). Allí, junto con hacer nutrida referencia a valores patrióticos y anti-oligárquicos, el antiguo Comandante del Gremio de Jornaleros afirmó que «nada debéis esperar de arriba: la regeneración social la traerá la blusa y la proclamará el *roto*». Manifestó, además, su satisfacción al constatar que «las filas del partido están formadas por la parte más granada de las clases obreras, muestra elocuente del carácter eminentemente democrático de nuestros principios».⁴¹ Al considerar el despliegue de tales recursos retóricos, se hace difícil no hacer una comparación con el tipo de convocatoria «populista» que algunas décadas más tarde consagraría, partiendo por el propio espacio salitrero, el célebre caudillo liberal (pero no balmacedista) Arturo Alessandri Palma.⁴²

Sin embargo, en el caso balmacedista, la identificación con el mundo obrero procuraba ultrapasar el plano de la mera retórica. Al discutirse sobre la constitución definitiva del directorio del Partido Liberal Democrático, por ejemplo, *El Jornal* manifestaba la conveniencia de incluir en dicho cuerpo «obreros de prestigio y méritos reconocidos que le harán honor al directorio y al partido mismo». Con ese expediente, agregaba, «queremos dar una prueba elocuente de la sinceridad con que acatamos el predominio democrático, y

40 *La Voz de Chile* (Iquique), 28 de diciembre de 1890. La historia del Gremio de Jornaleros de Iquique hasta su disolución legal ha sido reseñada en Julio Pinto V., *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, op. cit., capítulo IV.

41 *El Jornal* (Iquique), 22 de enero de 1894.

42 Sobre esta materia, ver el artículo de Verónica Valdivia «Yo, el León de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma, 1915-1932», *Historia* N° 32, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1999; y también Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o «querida chusma»? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, LOM, 2001.

encarecemos a nuestros amigos de blusa estudien la mejor forma y se pongan de acuerdo para llevar al directorio un miembro, por lo menos de cada asociación obrera».⁴³ El directorio oficial, en efecto, terminó incorporando por lo menos a tres representantes de la clase trabajadora: el hojalatero Cruz Salamanca y los artesanos Eduardo Vivanco y Enrique Moscoso Flores.⁴⁴ Incluso más, el primero de ellos se presentó como candidato balmacedista a un cupo municipal en las elecciones del 6 de marzo de 1894, y, al resultar electo, se convirtió en el primer obrero en alcanzar un cargo público a nivel regional. Algunos meses después, al realizarse una elección municipal complementaria para reemplazar al impugnado candidato balmacedista Wenceslao Cavada, el partido repitió la fórmula, esta vez recurriendo a Enrique Moscoso Flores, «hijo del trabajo y humilde obrero».⁴⁵ Enfrentado a Justiniano Pellé, caracterizado por *El Jornal* como «hijo de noble cuna y tan noble que ya se le ha olvidado casi el castellano por hablar el idioma de las libras esterlinas», Moscoso Flores, el «candidato de la democracia», obtuvo el mismo resultado que Salamanca, aumentando a dos el número de regidores obreros balmacedistas por Iquique.⁴⁶ La alianza entre el balmacedismo y la clase obrera daba rápidos y efectivos dividendos.

En todo caso, esa potencialidad había quedado claramente de manifiesto en las elecciones de marzo del 94, donde el Partido Liberal Democrático no sólo logró elegir a su candidato a diputado y a todos sus candidatos al municipio, sino que se convirtió, para escándalo de gran parte de los partidos hegemónicos, en la primera fuerza política a nivel regional, a considerable distancia de aquellos que lo habían derrotado militarmente apenas tres años antes.⁴⁷ En vista de tan halagüeños resultados, no resulta extraño que se haya seguido insistiendo en la estrategia obrerista, como en efecto ocurrió durante los años siguientes. Al aproximarse las elecciones presidenciales de 1896, el recién triunfante balmacedismo se dividió en relación a cómo debía enfrentarse dicha coyuntura: levantando un candidato propio o apoyando al abanderado liberal-radical, Vicente Reyes. La fracción autonomista tarapaqueña, en la que se alinearon personeros de fuerte influencia popular, como Rodolfo Castro y Máximo Urízar, intentó desbancar la candidatura Reyes argumen-

43 *El Jornal* (Iquique), 11 de noviembre de 1893.

44 *El Jornal* (Iquique), 23 de noviembre de 1893.

45 *El Jornal* (Iquique), 5 de julio de 1894.

46 *Ibid.* El resultado de esa elección complementaria en *El Jornal* (Iquique), 11 de julio de 1894.

47 *El Jornal* (Iquique), 13 de marzo de 1894; *El Nacional* (Iquique), 6 de marzo de 1894.

tando que éste sería «el Presidente más aristocrático que hayamos tenido y el mayor verdugo del pueblo por cuanto su candidatura ha surgido en los salones de los bancos y a raíz de combinaciones del tanto por ciento y del interés de los capitales que ellos jugarán para salir victoriosos. Te conviene, pueblo, que eches por tierra sus planes para que después se arrepientan de su tiránica actitud para con el pobre trabajador».⁴⁸ También se acusaba a la Convención que había generado esa candidatura de no haber incorporado, «ni siquiera por cortesía», a algún representante de la clase obrera, y se afirmaba que Medina y *El Jornal* se habían vendido al oro inglés.⁴⁹

Hacia fines de año, las dos fracciones balmacedistas seguían pugnan-do por establecer cuál de ellas representaba con mayor fidelidad el interés popular. Así, el grupo vinculado a *El Jornal*, ahora reemplazado por *El Heraldo del Norte*, insistía en que uno de los pilares fundamentales de su ideal político seguía siendo «la dignificación y educación de las clases labo-riosas para ponerlas en aptitud de participar de la dirección del Estado que ellas forman en su casi totalidad».⁵⁰ A modo de trasladar esta prioridad a un terreno más práctico, creó por este tiempo el Club Social Obrero José Ma-nuel Balmaceda, en cuyo directorio figuraban prestigiados mutualistas, como Eduardo Vivanco y Pedro E. Calderón.⁵¹ A propósito de la imagen de Bal-maceda como defensor de las clases trabajadoras, que venían elaborando sus partidarios desde la guerra civil, *El Heraldo del Norte* afirmaba lo siguiente:

«Hubo en nuestra patria un gran repúblico que abrigaba en su generoso corazón in-finita ternura por el proletariado, que en su alma hallaba eco de dolor sus sufrimien-tos, que se propuso dignificarlo, e hizo construir en todo el país escuelas-palacios para la educación de sus hijos, e impulsó las industrias y protegió el trabajo. Y ese hombre benefactor cayó aplastado por la oligarquía y por el clero que sacan ventaj-as del opacamiento intelectual de las masas».⁵²

Por último, llegado el momento de una nueva elección municipal, di-cha fracción balmacedista nuevamente presentó (y eligió) a un candidato obrero, el ya nombrado Eduardo Vivanco.⁵³ Por su parte, para no ser menos, su grupo rival, en cuyas filas figuraban los regidores obreros salientes Sala-manca y Moscoso Flores, también se declaraba el legítimo defensor de las

48 *El Liberal Democrático* (Iquique), 21 de marzo de 1896.

49 *El Liberal Democrático* (Iquique), 19 de enero y 1° de febrero de 1896.

50 *El Heraldo del Norte* (Iquique), 23 de noviembre de 1896.

51 *El Heraldo del Norte* (Iquique), 16 y 23 de noviembre de 1896.

52 *El Heraldo del Norte* (Iquique), 4 de enero de 1897.

53 *El Heraldo del Norte* (Iquique), 5 y 9 de marzo de 1897.

aspiraciones del pueblo, «desde que el principio político que sustentamos es el mismo de las clases obreras», lo que, entre otras cosas, demostraban promoviendo una vez más la resurrección del Gremio de Jornaleros.⁵⁴ Precisan-do sus prioridades, su periódico manifestaba:

«Con verdadera franqueza hemos afrontado la situación, presentando al pueblo en la desnudez y miseria en que se halla; hemos sido los portavoces de la gente de trabajo; los heraldos de las necesidades populares esperanzadas en que el Congreso de nuestro país no ha de desoír las súplicas de los desgraciados de la patria, aquellos que para mantener a sus familias trabajan sin cesar en las más pesadas tareas, desde el amanecer hasta el anochecer para dedicar solamente una escasa hora, en el descanso del trabajo, a las dulces caricias del hogar».⁵⁵

En esta causa, agregaban, sólo ellos procedían con sinceridad, pues los otros balmacedistas no veían en el pueblo más que a un instrumento de ocasión: «si lo halagan y lo deslumbran con promesas falsas es mientras lo necesitan para que emita a su favor el voto que les servirá para afirmarse en las prebendas que han alcanzado».⁵⁶ Pero el «pueblo inteligente, el pueblo obrero y honrado de esta provincia» ya no estaba para esos juegos, puesto que «la Democracia chilena se ha agigantado después del martirio sacrosanto del ínclito Balmaceda, y los hombres más prudentes de Chile, al prosternarse ante la sagrada tumba que guarda aquellos venerados restos, han aceptado y reconocido que en esta gran patria no debe haber castas privilegiadas; y que los que existen por razón del dinero o de la familia, deben hermanarse con los de la clase obrera, que es la que compone la casi totalidad del pueblo chileno».⁵⁷

Las últimas citas resumen bien el tipo de discurso obrero que, hacia el crepúsculo del siglo XIX, comenzó a emanar desde el mundo burgués, y que en un primer momento fue mucho más visible que el emanado de los propios interesados. Aparecen allí la sensibilidad ante el sufrimiento popular, el llamado a la igualdad y la justicia social, y la voluntad de reconocer y dignificar a la clase trabajadora; pero, también, el apenas disimulado sesgo instrumental que desde un comienzo atravesó esta línea argumentativa, para denunciar un consorcio extranjero, en el caso de *El Nacional*, o para ganar votos, en el del balmacedista. No obstante, ese proselitismo obviamente ayudó a legitimar los temas sociales y la convocatoria popular como parte del debate

54 *El Liberal Democrático* (Iquique), 6 de diciembre de 1896.

55 *El Liberal Democrático* (Iquique), 7 de febrero de 1897.

56 *El Liberal Democrático* (Iquique), 8 de enero de 1897.

57 *El Liberal Democrático* (Iquique), 7 de febrero de 1897.

público normal, y puso a disposición de los interpelados un caudal de recursos discursivos que podían ser aprovechados, como ya lo había sido el Gremio de Jornaleros y otras entidades de índole semejante, en su beneficio directo. Se ha visto que éstos no fueron remisos en responder a la convocatoria burguesa, ya sea integrando las organizaciones que ella creó, invocando su liderazgo en los conflictos laborales o simplemente emitiendo sus sufragios. Se ha visto, también, que algunos de ellos llegaron por esa vía a ocupar directamente cargos públicos, por primera vez en la historia de la región. No se trata, por cierto, de sostener que el mundo popular debió esperar esas incitaciones para tomar conciencia de su valía y articular sus propios proyectos y demandas, pero no cabe duda de que cualquier aporte procedente de los sectores más poderosos de la sociedad podía convertirse en una herramienta eficaz. Los votos y el apoyo político, en otras palabras, no se entregaban gratis, y la instrumentalización podía perfectamente exhibir un carácter bidireccional: al mismo tiempo que los balmacedistas ganaban elecciones, los obreros a quienes apelaban se veían ratificados como interlocutores políticos válidos y como portadores de una identidad legitimada por el propio discurso burgués. En consecuencia, el espacio así abierto quedaba disponible para que lo ocuparan los propios convocados, pero esta vez hablando por sí mismos. Como se verá en los apartados que siguen, a medida que llegaba el nuevo siglo, sus voces fueron haciéndose más audibles que las emitidas desde los círculos de elite.

2. EL DISCURSO MUTUALISTA

El mutualismo salitrero se remontaba a años muy anteriores al que da inicio a este recuento. Sin embargo, hasta la década de 1880, las sociedades de socorros mutuos fundadas en la zona no solían exhibir un discurso muy obrerista, y la presencia en ellas de elementos no populares ejercía un peso determinante.⁵⁸ Recién en 1885, un grupo de artesanos, encabezado por el sastre y futuro dirigente demócrata José Segundo Leiva, convocó «a la clase obrera de Iquique» a fundar una sociedad de socorros mutuos que representase realmente sus intereses, puesto que una mutual ya existente «no era com puesta sino en muy reducido número de obreros que en nada la representan»,

58 A este respecto, ver Julio Pinto V., «En el camino de la Mancomunal: Organizaciones obreras en la Provincia de Tarapacá (1880-1895)», capítulo IV, de *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, *op. cit.*

y en realidad perseguía, acusaban, «fines puramente políticos».⁵⁹ Aunque se sabe que la sociedad así creada sacó a la luz un periódico titulado *El Protector*, en las fuentes consultadas no ha quedado ningún registro posterior a su fundación que pudiese dar fe de la continuidad de su opción obrerista. Hubo que esperar hasta fines de 1889 para que, desde el mundo artesanal, surgiese una nueva organización explícitamente inspirada en una identidad de clase. Se trató de la Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos de Iquique, iniciativa cuyos fundadores, en un comunicado inicial, justificaron «como una grande necesidad que se hace sentir en este pueblo para la clase obrera».⁶⁰ Destinada a convertirse en la institución más importante en su género durante los años venideros (aún subsiste en nuestros días), la Internacional de Artesanos inauguró una etapa en que la sociabilidad obrera del Norte Grande adquirió una autonomía orgánica y una afirmación clasista mucho más nítidas que en el pasado, generando así un contrapunto al discurso de origen burgués tratado en el apartado anterior. En tal virtud, las páginas que siguen pasarán revista a los pronunciamientos que, desde sus actividades asociativas, libros de actas y su propia prensa, articuló el mutualismo tarapaqueño en orden a fijar la identidad obrera en vías de construcción.

Un primer motivo que atraviesa el discurso mutualista, y que resulta concordante con un movimiento caracterizado por procurar la dignificación de los trabajadores a partir de su propio esfuerzo mancomunado, es el de ensalzar lo que podría llamarse el orgullo obrero.⁶¹ Así, en el segundo aniversario de la fundación de la Internacional de Artesanos, su presidente, el carpintero y mueblista Federico González, se definía como «un obrero con la mano encallecida por el trabajo, el que le ha dado el sustento para él y su familia», y que en esa misma virtud «desea la grandeza para sus compañeros y que se destierren las malas costumbres y los vicios». Para alcanzar dicha meta, agregaba, debían cumplirse cuatro grandes requisitos: «el respeto a nuestras leyes y a nosotros mismos, el trabajo, la constancia y la abnegación». Ése era precisamente el sentido que adquiriría el espíritu asociativo al hacerse presente entre los sectores más desposeídos, y que debía inspirar a

59 *El Veintiuno de Mayo* (Iquique), 13 de marzo de 1885.

60 *Archivo Intendencia de Tarapacá*, vol. 164, Sociedad de Artesanos y Socorros Mutuos de Iquique a Intendente, 30 de octubre de 1889.

61 Sobre este mismo tema, ver María Angélica Illanes, *La revolución solidaria*, Santiago, 1990; Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*, op. cit., capítulo 1; y Eduardo Devés, «El pensamiento de Fermín Vivaceta y del mutualismo en la segunda mitad del siglo XIX», en Mario Berríos y otros, *El pensamiento en Chile, 1830-1910*, Santiago, 1987.

una entidad como la que él presidía. La misma apreciación era recogida por el tesorero y futuro presidente, Gabriel Rodo, quien no trepidaba en calificar el nacimiento de su sociedad como «el principio de una nueva era para la clase obrera de Iquique, bajo el lema de la unión, la fraternidad y el socorro mutuo». ⁶² Otro tanto hacía tiempo después el director de la escuela de instrucción primaria fundada por la Internacional de Artesanos para atender «a los hijos de sus asociados y al pueblo en general». Al congratular a la institución por el contundente testimonio de ilustración y compromiso, el profesor Rafael Cordero aprovechaba de instalar el tema de la explotación y la injusticia social:

«Es ésta la primera asociación de este género, señores artesanos, que ha llegado en Chile, y acaso en toda Sud-América, a tanta altura. Debéis sentirnos orgullosos de haber dejado muy atrás a tantas sociedades formadas por los que se dicen *nobles del siglo*; por aquellos que con piel de cordero y corazón de hierro, explotan la ignorancia del pueblo para fines bastardos y criminales; por aquellos que vilmente adulan, mientras necesitan servicios; por aquellos que escatiman el jornal del obrero y los sudores del gañán; por aquellos aristócratas en fin que en todo tiempo y en todas las naciones han violado impunemente las leyes y usurpado al pueblo su trabajo, sus bienes, sus prerrogativas y derechos». ⁶³

En un registro más positivo, un año después, la Internacional de Artesanos celebraba su sexto aniversario nuevamente bajo la advocación de su orgullo de clase, simbolizado en esa ocasión por una inscripción en letras doradas que, con el lema de «Honor al Genio Obrero», hacía de telón de fondo para la ceremonia. Tras una larga cuenta de todos los logros de la sociedad, un orador articuló el pensamiento que de algún modo orientaba todo el accionar mutualista:

«He dicho, señores, que las más nobles cualidades del individuo han sido por la Providencia distribuidas sin distinción de clases. Pero no, señores: hay clase privilegiada; hay una clase que el testimonio histórico reconoce como depositaria, aunque no exclusiva, de los mejores atributos humanos, y esa es la clase de los desvalidos de la fortuna, la clase de los hijos del trabajo. No ahora, sino desde centenares de años antes, desde que hubo sociedad organizada, de las filas populares han salido los legisladores, los sabios, los políticos, los hombres de genio, los que han enaltecido la especie humana, los que han escrito con propia mano alguna de esas ejecutorias nobilísimas que vencen el tiempo y el espacio, que serán respetadas en todos los siglos y lo son en todos los países... En cada época histórica, en cada ramo del saber humano y en cada esfera de la actividad, donde hay un hombre que des-

62 *El Nacional* (Iquique), 17 de noviembre de 1891.

63 *El Nacional* (Iquique), 4 de septiembre de 1894.

cuella hay casi siempre por base modesto principio, las más de las veces un taller de artesano, sirviendo de escuela provechosa al que más tarde es héroe, sabio, estadista, filósofo o eminencia de las artes. Y es sin duda porque la necesidad es la más grande maestra y porque los obstáculos multiplican el vigor del que los afronta con ánimo resuelto».

Y concluía: «razón, pues, tenéis de estar orgullosos de nuestra condición, dignos obreros: ella os coloca en el camino del mejoramiento íntimo, además de daros la inapreciable, la grandiosa libertad e independencia personal». ⁶⁴

La combinación entre autoafirmación identitaria y denuncia de un orden social que desmedraba a quienes más hacían por su elevación, fácilmente identificable en las citas que preceden, reaparece con frecuencia en otras expresiones del mutualismo tarapaqueño. Así, por ejemplo, en la ceremonia de inauguración de una Sociedad Mercantil de Obreros, organizada con el fin de expender a sus asociados artículos de consumo a precio de costo, Antonio Gárate, su vicepresidente, hacía notar la trascendencia del proyecto que se emprendía:

«Repito que la libertad es el don máspreciado del hombre; pues bien, el acto que aquí nos tiene reunidos en fraternal unión, manifiesta prácticamente que una parte de los obreros de Iquique ha realizado estas aspiraciones, emancipándose del tutelaje a que los grandes capitales los tenían sometidos; de hoy en adelante, si perseveramos en nuestros propósitos y damos fiel cumplimiento a nuestros acuerdos, habremos dado un paso gigantesco en el sendero de la libertad comercial, pues nuestros salarios no irán totalmente a engrandecer más y más las fortunas de los que, sin conmiseración, explotan a la clase obrera, digna por muchos títulos de mejor suerte, pues ella es la poderosa palanca que mueve los obstáculos que entorpecen la marcha progresiva de la civilización y el desarrollo de los pueblos, y de la cual se valen los poderosos para arrancar a la tierra sus riquezas y a la naturaleza sus secretos».

Y aunque afirmaba estar consciente de los riesgos involucrados en una empresa que suponía entrar a competir con el comercio establecido, de todas maneras se manifestaba convencido del valor testimonial y moral de un gesto como el que los convocaba:

«Conste que en el pueblo de Iquique, provincia de Tarapacá, una porción de obreros se une en fraternal abrazo y entrega a las eventualidades del comercio sus pequeñas economías para lanzar al mundo la voz de ¡Adelante obreros de Iquique!, ¡Adelante obreros del mundo entero! Sea nuestra divisa el trabajo, nuestro lema la honradez, que el porvenir será nuestro, si la convicción de poseerlo es firme, y si el

64 *El Nacional* (Iquique), 19 de noviembre de 1895.

éxito corona nuestros esfuerzos habremos conquistado un recuerdo en las páginas de la historia, pues no sólo merecen esa honra los que por defender un principio político vierten sangre en los campos de batalla, sino que también alcanzan gloria imperecedera los que, sin más apoyo que la unión ni más armas que sus justos deseos, luchan en el inmenso campo del trabajo por el adelanto y el bienestar de las clases desvalidas».⁶⁵

El tono casi mesiánico que atraviesa las citas, en las cuales se establece una secuencia ininterrumpida entre mutualismo, clase obrera y avance de la civilización, encuentra un eco similar en la Asociación de Tipógrafos de Iquique, cuya tardía organización motivaba a su presidente a lamentar que «entre las clases obreras, entre todas las que tienen que luchar día a día, hora a hora, por el pan diario, íbamos siendo nosotros, los operarios de imprenta, los únicos que no movíamos ese resorte del mecanismo social que se llama ahorro mutuo». Congratulábase, por lo tanto, al haber «logrado entrar en el rol de los cuerpos colectivos, centros que constituyen el porvenir del obrero, y cimentar la unión fraternal entre las antorchas de la civilización y del progreso».⁶⁶ Tampoco se exceptuó de este sentimiento el componente femenino de la clase trabajadora, como lo expresaban las integrantes de la Sociedad de Obreras Sud-Americana al solemnizar la instalación de su estandarte: «Este emblema nos indicará el adelanto, unión y progreso de la clase obrera de la mujer. Unidas hoy por medio de esta noble institución, llegaremos a hacernos fuertes y poderosas en los casos fatales por que suele atravesar la clase obrera de la mujer, clase desvalida hasta la presente época, pero que, desde hoy en adelante, será grande y poderosa por medio de la unión».⁶⁷

La revisión de las actas de sesiones la Sociedad Gran Unión Marítima de Iquique permite corroborar, a un nivel más íntimo y cotidiano, la reproducción y prolongación de este tipo de discursos a lo largo del tiempo.⁶⁸ Fundada en julio de 1892 por 44 trabajadores de playa, la Gran Unión Marítima llegó a ser en la provincia la segunda entidad más importante de su tipo, con centenares de socios pertenecientes a los más diversos gremios del puerto y de las minas y salitreras del interior. Ya en su manifiesto fundacional, suscrito por su presidente, Amador Carvajal, y por los demás socios fundadores, se hacía notar un fuerte énfasis clasista y contestatario:

65 *El Nacional* (Iquique), 17 de abril de 1892.

66 *El Nacional* (Iquique), 30 de septiembre de 1896 y 5 de octubre de 1897.

67 *El Nacional* (Iquique), 18 de abril de 1893.

68 Como se dijo al comienzo de este artículo, la posibilidad de revisar el archivo privado de la Sociedad Gran Unión Marítima de Iquique se debió a la gentileza de su actual directorio, presidido por el señor Alberto González Vega.

«Los Salitreros y dueños de minas, y todos los hombres ricos en general, buscan el medio de mejorar y aumentar sus fortunas, a ellos no les importa que para lograr lo que ambicionan tengamos nosotros que perecer de hambre, mil trabajadores y sus familias. Ellos no se fijan en los medios que tenemos que emplear para subsistir, y para ellos somos considerados como unas bestias de carga y que estamos obligados por la miseria, y escases de recursos, a soportar la odiosa esclavitud que nos impone el ambicioso Capitalista y abusando de nuestra triste situación, Pero entre nosotros debemos buscar los medios de librarnos de esa clace de langostas que nos chupan la sangre, que es el orgulloso Capitalista».⁶⁹

Precisamente para conjurar tales amenazas, se llamaba «a los gremios de jornaleros, lancheros, cargadores, estibadores, cachucheros y a todos nuestros compañeros en general» a unirse para dar protección al trabajo, «que estando unidos seremos fuertes, nosotros reglamentaremos nuestras faenas y dejaremos de vivir esclavizados». Al efecto, se invocaba el ejemplo de «las naciones de Europa y Estados Unidos», y se concluía que «una vez unidos, y que tengamos fondos suficientes nos desprendamos de estas garras de esos vampiros déspotas Capitalistas que a su capricho y voluntad quieren disponer de nuestras fuerzas y trabajo». Se establecieron como símbolos iconográficos de la sociedad, para figurar en su estandarte y local de reunión, «Un *ancla* al centro como símbolo marino, una *estrella* y un *gorro frigio* que indique la luz republicana, una *locomotora* que signifique la industria terrestre, el *compás* y la *escuadra* que signifique la marcha recta de la Sociedad, dos *manos* que expresen la confraternidad universal (en otro momento se hablaría de ‘la fraternidad de los pueblos trabajadores’), el nombre de la Sociedad y su fundación, y dos ramas de laurel que signifique la victoria», los que un socio deseó «que no fueran jamás doblegados, sino que estuvieran siempre arriba como enseña de las clases trabajadoras».⁷⁰

El espíritu clasista de la Gran Unión Marítima fue rápidamente puesto a prueba al estallar, a comienzos de 1893, un nuevo conflicto portuario motivado por un intento de rebaja de jornales, al que la entidad, pese a su carácter eminentemente mutualista, prestó un concurso oficial e incondicional. Convocados los socios en sesión permanente por la duración de la crisis,

69 *Archivo Sociedad Gran Unión Marítima de Iquique* (en adelante *AGUM*), Libros de Actas, Manifiesto Fundacional inserto al comienzo del primer libro de Sesiones Generales de Sala, 26 de julio de 1892. La ortografía y redacción son textuales del original.

70 *AGUM*, sesiones del 11 de septiembre de 1892, 20 de febrero de 1893 y 13 de abril de 1894. El subrayado es del original.

su sala de reuniones fue testigo de expresiones como las de un operario de la maestranza del ferrocarril que se «congratulaba al ver a tanto trabajador reunido en masa para defender los derechos que a cada uno le corresponde, pidiendo un aplauso para las clases trabajadoras»; o las de un socio que, indignado por las defecciones que empezó a sufrir el movimiento a medida que transcurrían los días sin llegar a una solución, sostenía que «si los doce pares de Francia habían sido suficientes para vencer, también un puñado de honrados trabajadores era suficiente para derrotar a los capitalistas», aspiración esta última que no había aparecido con igual nitidez en expresiones anteriores.⁷¹ En años posteriores, la sociedad no volvería a involucrarse tan directamente en un enfrentamiento laboral, pero no por ello declinaron sus afirmaciones de identidad clasista. Así, a comienzos de 1894, al aceptar su reelección como secretario, el socio Ismael Olave manifestaba que «orgulloso aceptaba el cargo porque así como él apreciaba su dote de trabajador también apreciaba a todas las clases trabajadoras».⁷² Otro tanto planteó poco después el tesorero Gregorio Trincado, de vasta trayectoria posterior en el movimiento obrero nortino y supuestamente imbuido en las prácticas societarias durante una estadía en Estados Unidos, al señalar que «no se necesita mucha inteligencia para formar parte de una Sociedad o para desempeñar un cargo en el Directorio: lo que se necesita es decisión y constancia para trabajar por el bien y adelanto de las clases trabajadoras».⁷³ En otra oportunidad, tratando de convencer a sus asociados de la conveniencia de suscribirse al periódico *El Pueblo*, de Valparaíso, el propio Trincado, quien actuaba como presidente, argumentaba que éste «era uno de los diarios más importantes para la Clase obrera o trabajadora y en particular ilustrativo para las Sociedades, por cuanto no tenía ningún carácter político y sólo se ocupaba del Pueblo y del adelanto de las Sociedades».⁷⁴

Hacia fines de 1895, la Gran Unión Marítima recibió una invitación de la Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos para participar en la fundación de una Liga de Sociedades Obreras, sobre la cual se volverá un poco

71 *AGUM*, sesiones del 18 y 20 de febrero de 1893. El curso de la huelga marítima de enero de 1893 puede reconstruirse a partir del periódico *La Patria* (Iquique), 3, 4, 5, 6, 9, 11, 12 y 14 de enero de 1893.

72 *AGUM*, sesión del 3 de enero de 1894.

73 *AGUM*, sesión del 13 de abril de 1894. La referencia a la experiencia estadounidense de Trincado aparece en un artículo biográfico publicado en *El Pueblo Obrero* (Iquique), 18 de mayo de 1907: «Habiendo viajado por los Estados Unidos, estudió allá la organización de los gremios, la que le sirvió de guía para su obra en Chile».

74 *AGUM*, sesión del 21 de abril de 1895.

más adelante. No muy convencidos de la iniciativa, a la que, al parecer, le suponían intenciones político-partidistas, los miembros del directorio condicionaron su aceptación a que «los representantes del Congreso o Liga Obrera deben ser obreros en su totalidad», requisito que la Unión respetaba más fielmente que la mayoría de sus congéneres.⁷⁵ Tal vez por eso mismo, al celebrar el quinto aniversario de su fundación, el secretario, Damián Leiva, se congratulaba por la hora feliz en que «un cierto número de hombres concibió la creación de una Sociedad que tanto bien reporta a la clase obrera». Y agregaba:

«Que otro lenguaje más florido haga la apología de la clase obrera del país; yo me concreto a decir, que nosotros que pertenecemos a esa clase obrera, a esa colectividad de individuos que no ambiciona la fortuna, que no aspira más que a la medianía; a esa clase que muchas veces es injustamente motejada; a esa masa de pueblo que es humilde, pero que conoce sus derechos; a esos ciudadanos que sin alardear de patriotismo son los que en los campos de batalla, siegan los mejores y más abundantes laureles para ornar la frente augusta de la Patria. Nosotros, digo, bien pudiéramos merecer muchísimos honores en la vida real e intelectual».⁷⁶

Incluso cuando se hacía excepción a este exclusivismo obrerista, como sucedió en los festejos del séptimo aniversario, al extenderse un reconocimiento oficial (y remunerado) al periodista Osvaldo López, ello por lo general obedecía a consideraciones del mismo género: en este caso, el haber enseñado al coro de la agrupación a interpretar el «Himno Obrero».⁷⁷ Algo parecido se produjo a la llegada a Iquique del célebre dramaturgo, publicista y militante demócrata Juan Rafael Allende, a quien se le facilitó el local social en virtud de «haber trabajado por la prosperidad de la clase trabajadora».⁷⁸

El aporte del mutualismo iquiqueño a la construcción de un discurso obrerista puede terminar de constatarse a través de una de las iniciativas más ambiciosas de unidad clasista que surgieran de su seno: la ya mencionada Liga de Sociedades de Obreros y Trabajadores de Tarapacá. Ideada hacia fines de 1895 por la entidad decana del mutualismo local, la Sociedad Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos de Iquique, la confederación pretendía agrupar a todas «las Sociedades de Socorros Mutuos de artesanos, obreros y trabajadores, de ambos sexos, fundadas y radicadas en la Provincia

75 *AGUM*, sesión del 9 de diciembre de 1895.

76 *El Nacional* (Iquique), 9 de noviembre de 1897.

77 *AGUM*, sesiones del 6 de julio y 2 de agosto de 1899; *El Nacional* (Iquique), 1° de agosto de 1899.

78 *AGUM*, sesión del 29 de agosto de 1900.

de Tarapacá». Junto con estrechar sus vínculos de sociabilidad, se proponía fomentar la «propaganda social», construir un hospital y escuelas-talleres en beneficio de los miembros de todas las sociedades integrantes, obtener terrenos municipales para edificar habitaciones obreras y «fomentar la economía que es el verdadero bienestar en el obrero y propender a su ilustración».⁷⁹ Para adelantar tales fines y servir de órgano de expresión, creó también un periódico denominado precisamente *El Obrero*, primer exponente de su género en la región. En su número fundacional, se comprometía a «trabajar en la medida de sus fuerzas por los obreros, única y exclusivamente», promoviendo a tal efecto hábitos de ahorro, higiene, instrucción y sobriedad, y asumiendo la defensa de «la seguridad personal del obrero y de los derechos que tienen como ciudadanos de una República democrática». Y concluía: «si nuestro periódico merece la aceptación del público, nos haremos un deber en llevar adelante nuestros propósitos en bien de la clase social más numerosa, noble y desinteresada y sin la cual las artes, las ciencias y las industrias yacerían inertes».⁸⁰

Durante su corta existencia —aparentemente, no más de tres meses—, *El Obrero* se dedicó a dar a conocer las realizaciones del mutualismo local, a promocionar las virtudes enunciadas en su declaración de principios (como el ahorro y la instrucción popular) y a levantar el ejemplo de trabajadores que, como los conocidos dirigentes Federico González, Eduardo Vivanco y Amador Carvajal, habían logrado independizarse económicamente gracias a su previsión y trabajo. Pero, por encima de todo eso, se dedicó a reforzar esa noción de orgullo obrero, de la que este apartado ha dejado reiterada constancia: «en todos los países», decía un editorial, al recoger un motivo que ya ha aparecido antes en estas páginas, «los hombres pobres han sido los que con su ingenio bien cultivado han marchado a la cabeza de las ciencias, las artes y las letras. De la oscuridad han nacido los principales talentos que han asombrado al mundo en el presente siglo».⁸¹ «Entre el crujido de la sierra y el golpe del martillo», graficaba otro, en referencia a la sinfonía del trabajo, «el obrero, titán del Universo, forja el acero o pule el bronce, y veremos que allí todo es vida y progreso. Allí se levanta el hombre humilde, para brillar más tarde gracias a sus propias fuerzas, con resplandores más hermosos que el diamante; pues como esta preciosa piedra nace el obrero en lo oscuro y llega a valer incomparablemente más que ella, cuando surge entre la muchedum-

79 *El Obrero* (Iquique), 26 de febrero de 1896.

80 *El Obrero* (Iquique), 1° de febrero de 1896.

81 *El Obrero* (Iquique), 22 de febrero de 1896.

bre».⁸² La sociabilidad obrera —y, en este caso, la Liga que pretendía confederar a todas sus exponentes— era el mejor orfebre para hacer relucir el diamante proletario en bruto.

De esta forma, el mutualismo tarapaqueño aportó desde el propio mundo popular a la consolidación de una identidad clasista que, como se vio en el apartado anterior, también comenzaba a despuntar en ciertos discursos de la elite. Desde luego, este aporte se plasmó a nivel de la propia acción mutualista, que demostraba concretamente que los trabajadores podían, en palabras de Mario Garcés, «hacer una experiencia práctica de democracia social y encarar exitosamente al menos parte de sus problemas más urgentes de previsión, salud y educación», superando por sí mismos la precariedad de su existencia. Esta experiencia, agrega dicho autor, «les fue dando inevitablemente un cierto sentido de clase», puesto que demostraba su capacidad para dignificarse o «emanciparse» sin ayudas externas.⁸³ Pero lo que aquí se ha intentado recalcar es que esa conciencia también tuvo una dimensión explícitamente discursiva, reflejada a través de los numerosos ejemplos de autoafirmación y orgullo obrerista que las citas anteriores han recuperado. Es verdad que el mutualismo no solía plantearse en términos socialmente rupturistas o contestatarios, y que en sus filas a menudo militaban elementos que no pertenecían a las clases trabajadoras. Así, por ejemplo, la tantas veces nombrada Internacional de Artesanos y Socorros Mutuos, por cuya cuenta corrió la iniciativa más importante de alianza multigremial que conoció la década de 1890, contaba entre sus miembros a más de un 20 por ciento de empleados, profesionales y comerciantes, y su conducta respecto de las autoridades o el empresariado solía ser más bien respetuosa.⁸⁴ Incluso, la Sociedad Gran Unión Marítima, mucho más obrerista en su discurso y alguna vez comprometida directamente en la conducción de movimientos huelguísticos, prefería desenvolver sus actividades sin desafiar abiertamente el orden establecido ni invocar una y otra vez la lucha de clases. Pero de lo que no cabe duda es que el hilo conductor tanto de su praxis como de su discurso pasaba por el reconocimiento de su condición obrera, y por la voluntad de forjar, a partir de ella, la capacidad de actuar como sujeto histórico, con la ayuda o sin ella de elementos ajenos a su clase. Fue este mayor énfasis en la autonomía

82 *El Obrero* (Iquique), 8 de febrero de 1896.

83 Mario Garcés, *Crisis social y motines populares...*, *op. cit.*, pp. 54-58. Un planteamiento similar aparece en María Angélica Illanes, *La revolución solidaria*, *op. cit.*

84 La cifra corresponde a la estadística de socios registrada a comienzos de 1895 en *El Nacional* (Iquique), 8 de enero de 1895.

de la clase el que hizo del obrerismo mutualista una especie de antesala del próximo ejemplo al que se pasará revista, aquel que tuvo su centro en la casi mitológica Mancomunal Obrera de Iquique.

3. EL DISCURSO MANCOMUNAL

El 21 de enero de 1900, un grupo de obreros portuarios, encabezados por el antiguo dirigente de la Gran Unión Marítima, Abdón Díaz, acordó «organizar en Iquique, y hacer extensible a toda la República, bajo el régimen de la más estricta igualdad y amor al progreso, una Combinación Nacional de Obreros, constituida de todos los gremios y clases obreras mancomunados».⁸⁵ Nacía así la Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique, una entidad que marcaría un hito en la historia de la sociabilidad obrera regional y nacional. Similar a las sociedades obreras ya existentes, en su propósito de contribuir al bienestar e ilustración de la clase, se distinguía de ellas en varios aspectos fundamentales, uno de los cuales era su mayor alcance social y territorial, aspirando a reunir en su seno a todos los gremios y oficios, y a propagarse hacia otras ciudades y regiones del país: «la Combinación Mancomunal de Obreros, siendo compuesta netamente de obreros, tiene sus puertas abiertas a todos los obreros sin excepción».⁸⁶ El llamado se hacía extensivo, incluso, a los trabajadores de otras nacionalidades, sentimiento no exento de audacia en un territorio donde aún no se disipaban los ecos de una guerra reciente: «Cuán hermoso es presenciar este bello suelo, conquistado a costa de sangre y en buena lid en los campos de batalla; al pisar las hermosas playas de nuestro querido puerto sonreímos con alegría inefable al ver la unión de la clase obrera que por medio de la sociabilidad se ha hecho distinguir en esta provincia. Los que ayer fueron enemigos de armas, se han dado cita para dar impulso a este querido suelo por medio del trabajo, sagrado baluarte del obrero que olvidando rencillas pasadas militan en las aulas del trabajo para llevar bienestar a sus hogares».⁸⁷ O también: «la Combinación Mancomunal de Obreros es obra nacional con inclusión de extranjeros de cualesquiera nacionalidad, y no puede ser de otra manera, puesto que el trabajo lo compartimos jun-

85 *La Patria* (Iquique), 31 de enero de 1900.

86 *El Trabajo* (Iquique), 13 de diciembre de 1902.

87 *El Trabajo* (Iquique), 8 de febrero de 1902.

tos».⁸⁸ En alguna medida, las antiguas mutuales habían iniciado espontáneamente un proceso parecido, proyectándose desde sus núcleos originarios (artesanos, marítimos) hacia otros segmentos laborales (ferroviarios, mineros, salitreros) y territoriales. Tanto la Internacional de Artesanos como la Gran Unión Marítima o la Protectora de Trabajadores de Iquique mantenían sucursales en diversas localidades y oficinas salitreras del interior, e incluían entre sus filas a trabajadores y, en algunos casos, a no trabajadores, de los oficios y nacionalidades más diversos. Ninguna de ellas, sin embargo, pretendía aglutinar a la totalidad del universo obrero, dando hasta cierto punto por sentada la natural coexistencia entre entidades afines. La Mancomunal, en cambio, sí exhibía esas aspiraciones, y de hecho llegó a encabezar una red de «combinaciones» que abarcó todas las provincias del norte y algunas del centro y sur del país. En ese sentido, podría decirse que marcó el primer intento en Chile por organizar a la clase en su conjunto.⁸⁹

88 *El Trabajo* (Iquique), 12 de julio de 1902. Debe advertirse, sin embargo, que ese internacionalismo no estuvo exento de ambivalencias, incluso dentro del propio discurso mancomunal. Así, por ejemplo, el mismo artículo citado en esta nota criticaba los «excesos» internacionalistas, y argumentaba lo siguiente: «seamos primero una entidad obrera en Chile, y cuando peruanos, bolivianos, argentinos etc., hayan hecho lo que nosotros en sus respectivos países, entonces vendrán los problemas internacionales y la Unión Universal proclamada por algunos como la cosa más sencilla del mundo». Del mismo modo, se denunciaba más adelante la internación de trabajadores peruanos y bolivianos: «la defensa del jornal del trabajador es la defensa del interés nacional; y cuando se trata de impedir que el Capital abarrotando de brazos a estos pueblos esencialmente industriales, traigan la ruina económica del hijo del país por este medio, es deber de patriotismo ponerse al lado del que no sólo su capacidad industrial destina al suelo en que ha nacido, sino que también tiene una obligación más y más sagrada que no la puede tener el extranjero: y es, la de conservar la integridad de este suelo!», *El Trabajo* (Iquique), 6 de septiembre de 1902. Ver también Verónica Valdivia O. De Z., «Por los fueros de la Patria: ¿Qué patria? Los trabajadores pampinos en la época del Centenario», inédito.

89 La historia de las Mancomunales ha sido mencionada por toda la historiografía obrera «clásica» de Chile, incluyendo autores como Hernán Ramírez Necochea, Julio César Jobet, Jorge Barría y Fernando Ortiz Letelier. Para visiones más recientes, ver Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*, op. cit., pp. 250-254; Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. 5, Santiago, LOM, s/f, capítulo 5. Un análisis en profundidad en Eduardo Devés y Ximena Cruzat, «El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907», 3 vols., Santiago, CLACSO, (mimeo), 1981. El primer tomo de este estudio, elaborado por Ximena Cruzat, da cuenta de la organización y funcionamiento de las Mancomunales; el segundo, de Eduardo Devés, se adentra en la visión de mundo del movimiento, y

Otro aspecto en que la Mancomunal de Iquique, y después todas las que siguieron su ejemplo, se alejaba del precedente mutualista, era en su adscripción a un obrerismo mucho más excluyente. El primer requisito para integrarse a la asociación era «pertenecer a la clase obrera», sin que pudiesen figurar en ella «elementos extraños a la clase proletaria cuyo porvenir depende única y exclusivamente del esfuerzo propio».⁹⁰ Recordando, tiempo después, su fundación, se congratulaban sus portavoces de haber constituido una «institución de defensa del trabajo con elementos netamente obreros; ningún empleado, ningún patrón, ningún socio honorario, y, sobre todo, ningún capataz debía figurar en ese noble centro de organización social obrera».⁹¹ En verdad, esa circunstancia se convirtió a corto plazo en un elemento explícita y orgullosamente diferenciador respecto de las sociedades de socorros mutuos, cuya porosidad hacia otros estamentos sociales y la facilidad con que dejaban diluir su identidad clasista terminaban por ser contraproducentes para los fines que ellas mismas decían defender: «al sindicarse de peligrosas a las Sociedades de Socorros Mutuos», clarificaba la Mancomunal en medio de una polémica con la Gran Unión Marítima —que, como se recordará, era su institución matriz—, «nos referimos únicamente a su composición, en que figuran allí patrones y trabajadores, comerciantes y políticos de todos colores, circunstancia que las hace cambiar por completo su carácter benéfico, tan pronto como quiera ejercer su influencia el poder del Capital».⁹² «A fin de que nuestro retraimiento para con las Sociedades de Socorros Mutuos no sea calificado en la forma que ya se ha hecho», agregaba, «repetimos que la Combinación Mancomunal de Obreros no se ha fundado para dar cabida en su seno a toda clase de elementos sociales como albergan las Sociedades de Socorro Mutuo, porque la Combinación Mancomunal de Obreros no es sino la denominación del conjunto de las instituciones gremiales organizadas bajo un único fundamento que es la defensa del trabajo». En tal virtud, «no siendo trabajadores activos los capataces, empleados, industriales, comerciantes, propietarios, rentistas; y siendo el interés de todos estos señores vivir del producto del esfuerzo del trabajador, mal podríamos reunirnos en una sola asociación de protección al trabajo».⁹³ Y, por si todo lo anterior no hubiese

será por tanto abordado más específicamente en este artículo; el tercero, por último, contiene apéndices generales.

90 *El Trabajo* (Iquique), 6 de julio de 1901, 20 de mayo de 1902.

91 *El Trabajo* (Iquique), 22 de enero de 1903.

92 *El Trabajo* (Iquique), 22 de noviembre de 1902.

93 *Ibid.*

quedado claro, «es necesario segregarse, apartar casa: los obreros *solos* en sus instituciones; los capitalistas y comerciantes, *solos también*, si las necesitan». ⁹⁴

Esa obsesión separatista obedecía a una concepción fuertemente dicotómica de la sociedad, en la que obreros y patrones, se decía, estaban estructuralmente impedidos de encontrar un interés común o una convivencia mínimamente armoniosa. «Entre el patrón y el obrero», sostenía un corresponsal en el órgano de la Mancomunal iquiqueña, «nunca existe ni existirá armonía, equidad ni justicia para este último, sino que por el contrario, el patrón siempre lleva más parte que la que le corresponde por los beneficios que prestan sus capitales». ⁹⁵ «El capital absorbente y el trabajo productor», concordaba otro artículo remitido desde la ciudad de San Felipe, «se odian inconscientemente donde quiera que se hallen movilizadas sus respectivas fuerzas, y de esa lucha sistemática se evoluciona a la reyerta del pensamiento y de la doctrina que convence y allega adeptos y simpatías, preparando el terreno al futuro dilema de vida o esclavitud». ⁹⁶ «Estamos en una época de lucha», terciaba otro, «los operarios por una parte, los patrones por la otra, aquél pide un poco más de holgura para su existencia, éste quiere oprimirlos, apretarlos más para que su capital le produzca también más». ⁹⁷ «Tiempo es», remachaba Abdón Carrasco, un mancomunado de Iquique, en carta a sus compañeros de Tocopilla, «que les hagamos comprender a los aristócratas millonarios que ya no hay corderos que se dejen conducir al rebaño con sus esterlinas. No permitamos por más tiempo que con el sudor de nuestra frente esos usureros gocen de las delicias de la mesa, ellos pasan las horas tristes en alegres charlas, sentados en buenos divanes, dejándose acariciar, por el calentado ambiente del regio salón y del rico Champagne o el whisky y todo esto ¿de dónde? de las costillas del pobre trabajador». ⁹⁸

Pese a lo categórico del discurso, de él no se desprendía una proyección necesariamente confrontacional, como la sustentada por el marxismo a partir de un análisis similar. En verdad, como lo ha hecho notar Eduardo Devés en su estudio específico sobre esta materia, la prensa mancomunal solía dar tribuna a posturas a veces bastante divergentes, reflejando así la

94 *El Trabajo* (Iquique), 13 de diciembre de 1902; cursivas en el original.

95 *El Trabajo* (Iquique), 6 de julio de 1902.

96 *El Trabajo* (Iquique), 29 de noviembre de 1902; artículo de E. Montenegro N., publicado originalmente en *La Estrella de Chile*, de San Felipe.

97 *El Trabajo* (Iquique), 20 de diciembre de 1902.

98 *El Trabajo* (Iquique), 14 de junio de 1902.

variedad de expresiones, algunas más y otras menos rupturistas, que por entonces albergaba el pensamiento obrero.⁹⁹ Así, también pueden encontrarse pasajes en que la dicotomización de lo social no excluye la posibilidad de coexistencia: «humanicemos el trato», editorializaba el periódico mancomunal, «justifiquemos el mérito, y miremos en el hombre rudo del trabajo, durante el desempeño de sus faenas a un ser racional, y no habrá un ejemplo de desavenencia, ni una palabra destemplada. Nosotros buscamos la armonía entre el Capital y el Trabajo; nos organizamos con fines sociales regeneradores como hombres, como trabajadores y como patriotas». ¹⁰⁰ O bien, como lo planteaba abiertamente Abdón Díaz en un discurso ante sus asociados, «el equilibrio del Trabajo y el Capital: el equilibrio de los dos más poderosos pedestales sobre que descansa la estabilidad de la nación; he ahí el ideal». ¹⁰¹ Pero aun en ese registro más conciliatorio, la polarización —reflejo talvez de una realidad laboral más marcada por la dependencia salarial que por la autonomía artesanal— se dejaba entrever fácilmente como un rasgo estructurante de la realidad, y por consiguiente de la identidad obrera como antagónica a la burguesa.

Fue precisamente por ese diagnóstico, y nuevamente en contraposición al mutualismo, que la Mancomunal se definió desde un comienzo como un organismo no sólo de autoayuda o dignificación obrera, sino de lucha sistemática contra el capital. Esto es lo que recogen autores como Mario Garcés, al ver en ese tipo de organismos una «síntesis entre el mutualismo y la resistencia al capital», caracterización compartida por Ximena Cruzat al definir sus funciones como una sumatoria entre mutualismo, sindicalismo e instrumento revolucionario. ¹⁰² Es verdad que también en esto, la Gran Unión Marítima había sentado cierto precedente, pero lo que en ella fue sólo impulso embrionario, la Mancomunal lo transformó en elemento determinante y

99 Eduardo Devés, «La visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907», tomo 2 del ya citado *El movimiento mancomunal en el norte salitrero*. El autor distingue allí a lo menos tres grandes «líneas políticas» que coexistían al interior del movimiento mancomunal, que, simplificando un poco, podrían denominarse «demócrata», «socialista evolutiva» y «anarquista» o «socialista revolucionaria». Jaime Massardo desarrolla una idea similar en relación con el pensamiento de Recabarren, en su tesis doctoral inédita «La formation de l'imaginaire politique de Luis Emilio Recabarren», 2 vols., Université de Paris III, La Sorbonne, 1994.

100 *El Trabajo* (Iquique), 9 de marzo de 1902.

101 *El Trabajo* (Iquique), 29 de enero de 1903.

102 Mario Garcés, *op. cit.*, p. 250; Ximena Cruzat, «El movimiento mancomunal en el norte salitrero», *op. cit.*, vol. I, pp. 117-128.

definitorio, levantándose como órgano permanente de denuncia y como conductor de las principales movilizaciones obreras que conoció el mundo salitrero entre 1901 y 1907. Desencantados de la posibilidad de emanciparse como clase mediante el solo recurso al socorro mutuo, los mancomunados se convencieron de que para lograr esa meta debían incidir en la conformación global del poder social, con todo lo que ello implicaba en términos de impugnación de las jerarquías existentes y repudio a la explotación que sufrían en su condición de trabajadores.

A fin de cuentas, la identidad obrera que la Mancomunal aspiraba a potenciar se anclaba en una concepción claramente mesiánica y glorificatoria del trabajo, y del papel que éste desempeñaba en la historia de la civilización. *El Trabajo* fue precisamente el nombre que la Mancomunal de Iquique otorgó a su principal medio de expresión, gracias al cual pudo, según su propio testimonio, ampliar su militancia desde «un reducido número de 69 combinados» a más de «un millar de hombres decididos en sus filas», obteniendo por añadidura «las simpatías de todo el elemento trabajador».¹⁰³ *El Trabajo* se llamó también el primer periódico de la Mancomunal de Tocopilla, al que fue convocado Luis Emilio Recabarren como editor en su primera incursión por las regiones salitreras. «Excepto la Combinación Mancomunal de Obreros», reflexionaba un colaborador del órgano iquiqueño, «ninguna otra sociedad se ha fijado en la ganancia del obrero, del humilde trabajador, que es el punto principal para el bienestar común y económico de las distintas clases sociales».¹⁰⁴ «Somos el medio indispensable», se decía en otra parte, «de la elaboración del capital y del progreso industrial y comercial».¹⁰⁵ «Es bien claro», se agregaba en un artículo editorial, «que la riqueza está en el suelo de nuestro país, y que somos nosotros los que la hacemos valer; sin brazos no habría entradas para las arcas nacionales, y sin capitales extraños, y aun sin los de la fortuna privada de nuestros compatriotas, nuestros brazos bastarían a hacer poderosa por sobre toda otra ponderación la riqueza pública nacional».¹⁰⁶ «La aristocracia», denunciaba desde Valparaíso un articulista que se firmaba S. Arancibia, «el numeroso cuerpo del clero, del ejército, de la marina y la totalidad de los empleados públicos y particulares, tales como diputados, senadores, diplomáticos o empleados comerciales, toda esta falange de seres que nada hacen ni producen, tiene el pueblo que educar, ali-

103 *El Trabajo* (Iquique), 22 de enero de 1903.

104 *El Trabajo* (Iquique), 29 de noviembre de 1902.

105 *El Trabajo* (Iquique), 8 de febrero de 1902.

106 *El Trabajo* (Iquique), 12 de julio de 1902.

mentar y vestir. Pueblo: ¿y con qué te pagan? Con matarte por hambre y con humillaciones». ¹⁰⁷ Y proyectándose a un plano indisimuladamente universalista, expresaba:

«Mirar la actual civilización, ver al universo entero desplegar un continuo movimiento, ver pasar distintos sistemas de carruajes y locomotoras, los navíos que se deslizan sobre la superficie del mar, dejando tras de sí oscuro y largo penacho de humo: contemplar al hombre obrero dando impulso a todo ese movimiento de comercio y de comodidad que labra o maneja al golpe de sus activos brazos, para servir a la clase rica y pérfidos burgueses, que sólo dejan la migaja al pueblo, mientras ellos se comen la torta, que este mismo pueblo amasa a costa del sudor de su frente o de la sangre de sus venas, dejando en el taller jirones de sus carnes y la existencia entera, sin que por esto consiga nada de sus verdugos, sino el desprecio y el hambre: pero hoy ese pueblo, esos obreros, principian a despertar del letargo en que lo habían sumido largos siglos de ignorancia y de opresión, despierta entre el alba de un día que anuncia pronta felicidad y eterno bienestar para esos héroes, que, aunque heridos en su bienestar actual, no cesan de conquistar en el combate de la vida, toda la fortuna y la felicidad, para que los zánganos de la colmena humana, no tengan que pasar hambre ni frío, ni ninguna especie de amargos sufrimientos, que a diario soportamos los pobres y los desgraciados». ¹⁰⁸

En un intento de sintetizar todos estos pensamientos y, a la vez, de reforzar la centralidad que para ellos tenía la condición salarial, el Consejo Directivo General de la Mancomunal de Iquique reiteraba a sus asociados que «el trabajo, lo repetimos y lo repetiremos cuantas veces sea preciso, es para nosotros y nuestras familias el inmediato y único recurso, así como para el industrial es su porvenir lisonjero la mayor utilidad que pueda sacar de la mercancía». En ese contexto, deducían en justificación tácita de sus actos reivindicativos, «nosotros, que poseemos exclusivamente la mercancía llamada trabajo, debemos procurar directa y terminantemente por darle mérito e importancia para que nos dé el mayor fruto o sea la mayor ganancia posible». ¹⁰⁹ En verdad, muchos trabajadores no estaban conscientes todavía de «la fuerza y el rol importante que juegan en la sociedad, y se dejan pisotear, creen que vinieron al mundo por obra de potencias sobrenaturales, que éstas les dictaron leyes inquebrantables, y que establecieron las diferencias de clases, siendo inútil por eso toda rebelión». ¹¹⁰ «Felizmente», sin embargo, «ya las clases trabajadoras de Chile, principian a despertar del letargo en que

107 *El Trabajo* (Iquique), 25 de diciembre de 1902.

108 *El Trabajo* (Iquique), 6 de septiembre de 1902.

109 *El Trabajo* (Iquique), 6 de julio de 1902.

110 *El Trabajo* (Iquique), 31 de diciembre de 1902.

yacían adormecidas desde la era del coloniaje y hoy proclaman en alta voz su emancipación social».¹¹¹ En esa brecha, como lo habrían dicho ellos mismos, la Mancomunal asumía un claro deber de liderazgo.

Esa forma de concebir la identidad de clase, y su capacidad para movilizar tras su llamado a miles de trabajadores nortinos, despertaron el entusiasmo de un todavía joven Luis Emilio Recabarren, quien, desde Valparaíso, escribió a Abdón Díaz para celebrar «la comunidad de ideas que une los corazones que palpitan por un igual sentimiento». «Y ese sentimiento y esas ideas», clarificaba, «son, mi amigo, las que todo obrero debe sentir: *La emancipación de los trabajadores efectuada por ellos mismos*, como ha dicho el sociólogo alemán Carlos Marsch».¹¹² Recabarren aplaudía una huelga portuaria recién concluida exitosamente por la entidad iquiqueña, prueba de la cohesión alcanzada por sus asociados y mínima compensación por las penurias que debían soportar los trabajadores de aquella región: «como obrero, como hombre de trabajo, me siento enorgullecido, al contemplar —aunque sea a la distancia— ese movimiento omnipotente y poderoso que efectúan, mis hermanos de trabajo de aquellas zonas tan apartadas del corazón del país, pero tan inmensamente ricas como inmensamente pobres son los trabajadores que arrancan a la madre común esas riquezas para dárselas a los zánganos de la colmena social llamados ricos». La sociedad, afirmaba, se dividía en dos clases: ricos y pobres, y los primeros «sólo piensan en hacerse más ricos a costa de los pobres que somos los más», siendo que, para él, «el obrero que saca tales riquezas debiera poseerlas y no entregarlas a un igual que se hace llamar patrón». Eso era lo que hacía particularmente indignante la situación que vivían las provincias salitreras: «Allí, donde existen esas riquezas que el pobre roto conquistara, a costa de ríos de sangre, en 1879 para engrandecer la

111 *El Trabajo* (Iquique), 25 de enero de 1902. Sergio Grez ha propuesto una periodificación del movimiento popular chileno, en que, a una primera etapa centrada en la «regeneración» del pueblo, habría sucedido, más o menos por el mismo tiempo que aquí se analiza, una segunda, volcada hacia su «emancipación». Éstas podrían marcar también el tránsito desde una mirada más centrada en el sí mismo (puesto que la regeneración apela a un cambio más bien interno), a otra referida a un «otro» dominador del cual habría que emanciparse; desde una mirada más «mutualista», a otra más abiertamente «sindical». Ver su artículo «Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)», *Cuadernos de Historia* N° 19, Santiago, Universidad de Chile, 1999.

112 La carta apareció publicada en *El Trabajo* (Iquique), 23 de febrero de 1902, y ha sido reproducido en Ximena Cruzat y Eduardo Devés (eds.), *Recabarren. Escritos de prensa*, Santiago, Nuestra América, 1985, vol. I. Las cursivas y la ortografía son del original.

felicidad de los ricos; es donde se ve más pobreza y es donde se les explota más descaradamente pues, se les obliga a recibir por el pago de su salario una moneda que no es de curso legal, con el objeto de defraudar más aun el mismo jornal al laborioso obrero». De modo que la huelga recién terminada venía a ser algo así como «el primer grito de rebelión que lanza el chileno», «el primer grito de protesta arrojado al rostro de los capitalistas» y el inicio de un proceso de unificación que, «una vez que nos hallemos bajo un mismo techo», permitiese lanzar el grito de «abajo la esclavitud obrera» y «destrozar las cadenas con que hoy los burgueses nos tienen uncidos al yunque del trabajo». Ya entonces, como se ve, Recabarren hacía gala de su capacidad para, de su análisis coyuntural, extraer conclusiones que apuntaban al funcionamiento íntimo del sistema, y que ligaban la «emancipación» obrera a un cambio estructural de la sociedad.

Halagado por la valoración de la Mancomunal, y también por la finalización exitosa de una huelga que había durado más de sesenta días, Abdón Díaz respondía congratulándose a sí mismo y a su organización de haber «sentado la primera piedra del templo de la Emancipación Social del obrero en Chile, mediante la unión y el compañerismo, luchando sin contemplaciones hasta ver clara y terminantemente reconocido el derecho individual del obrero para trabajar cuándo y cómo convenga a sus intereses». ¹¹³ Pero aunque el espíritu mancomunista se propagaba ya «como la mancha de aceite» por todas las provincias salitreras, era preciso, en su opinión, «para que nuestra labor sea fructífera», ligarse «en toda la República, haciéndonos conocer por medio de los elementos de publicidad de que disponemos». En esa frase se resume de algún modo la misión que se impuso esa entidad durante lo que le quedaba de vida, alcanzando, como se dijo, avances notables. A poco de escribir la carta que se viene comentando, el propio Recabarren resolvió unirse personalmente a la tarea, asumiendo la dirección del periódico mancomunal de Tocopilla y consolidando desde allí su posición como dirigente y publicista obrero. Hacia mediados de 1904, las ocho sociedades mancomunales en existencia se sentirían ya en condiciones de reunirse en una convención en la ciudad de Santiago, dando forma a lo que podría considerarse la primera estructura obrera de alcance nacional.

En el caso de la precursora iquiqueña, el acendrado obrerismo de que aquí se ha dado cuenta derivó en la organización de un Partido Obrero Mancomunal encabezado por Abdón Díaz, cuyo propósito era servir de referente político que, sin la intermediación de partidos, como el demócrata, que no

113 *Ibid.*

respondían a una lealtad estrictamente clasista, pudiese representar los intereses y demandas del trabajo ante los poderes superiores de la nación. De esta forma, la organización redefiniría sus metas incorporando explícitamente el componente político:

«¿Qué persiguen los obreros de la Combinación?: 1°.- Mejoramiento económico, en el sentido de obtener la legítima participación a que tienen derecho por los frutos por ellos mismos elaborados. 2°.- Mejoramiento social, en el sentido de anular la lucha de clases y los enojosos privilegios que la dividen, abriendo paso al gran ideal de la Patria común sobre el principio de la igualdad de medios, única solución posible que traerá consigo la igualdad social, soñada y apetecida, por toda alma noble. 3°.- Organización obrera política, para tener representantes propios que lleven a los diversos cuerpos políticos de la nación los dictados de los problemas obreros resueltos en la Cámara del Trabajo».¹¹⁴

Sin embargo, la prolongación del espíritu obrerista hacia el terreno político terminó por empantanar a la Mancomunal en las complejidades de las alianzas partidistas y de la ingeniería electoral, como ya antes le había sucedido al Partido Demócrata, al cual ella tanto criticó. Obligado a pactar con los partidos burgueses para tener alguna probabilidad de éxito en las urnas y a atenuar sus posturas más rupturistas para hacer posibles dichos pactos, el Partido Obrero Mancomunal debió, hasta cierto punto, diluir su intransigencia clasista. De ese modo, en las elecciones parlamentarias de 1903 apoyó al abogado burgués Antonio Viera Gallo, de triste figuración posterior en la masacre de 1907, en tanto que en las presidenciales de 1906 suscribió la candidatura nada menos que de Pedro Montt, quien un año y medio después, ya instalado en la primera magistratura, se convertiría en el responsable político de la orden de ametrallar a los huelguistas. Como consecuencia de ello, el empuje y la legitimidad social de la más antigua de las Mancomunales sufrió un proceso de erosión que culminó en su ambivalente actitud ante la gran huelga iquiqueña de 1907, cuya conducción cayó en manos distintas de las suyas, y cuya sangrienta represión sirvió de preludeo a su desaparición definitiva en 1908.¹¹⁵

114 *El Trabajo* (Iquique), 20 de noviembre de 1907. Al respecto, ver también la «polémica de Abdón Díaz contra Malaquías Concha y Osvaldo López», tratada por Eduardo Devés en el tomo II de *El movimiento mancomunal en el norte salitrero*, *op. cit.*, pp. 73-78.

115 La ambivalente actitud de la Mancomunal durante la huelga y represión de 1907, en que su dirigencia perseveró hasta el final en una postura conciliatoria que no se compadecía ni con la intransigencia patronal ni con la determinación de restablecer el orden a cualquier precio por parte de las autoridades, ha sido analizada por

Pero, para los propósitos de este artículo, lo que conviene retener es que la Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique fue la primera en sistematizar, desde el propio mundo obrero, un discurso de clase que definía explícitamente al trabajo como fuente de identidad, que sustentaba sobre ese mismo cimiento una mirada crítica respecto de la condición que enfrentaba el trabajador en la sociedad capitalista, y que priorizaba sin matices la condición obrera sobre cualquier otro referente de pertenencia social. Es verdad, como ya se ha dicho citando a Eduardo Devés, que dentro de esa matriz coexistían distintas «líneas políticas» que a menudo discordaban en sus énfasis respecto del diagnóstico, las tareas inmediatas o la proyección utópica, lo que dificulta hablar del discurso mancomunal como un todo unitario y coherente. También es verdad que el predominio de una u otra línea fue variando a lo largo del tiempo, y entre una Mancomunal y otra (así, el autor nombrado sostiene que las de Antofagasta y Tocopilla no experimentaron la «moderación» que se apoderó de su precursora iquiqueña). Pero, por encima de las marchas y contramarchas, de las polémicas y los matices, de las declaraciones de principios y las concesiones tácticas, lo que atraviesa el discurso mancomunal es una visión del obrero como referente máximo y medida civilizadora. En palabras de Eduardo Devés, «el interés del obrero entonces se transforma en interés también de la humanidad; es lo que manda la justicia, es lo que contribuye al progreso, es lo que inspira la naturaleza. El interés del obrero es todo eso y todo eso es también interés del obrero».¹¹⁶ O, como lo planteó el propio Abdón Díaz con motivo del segundo aniversario de la sociedad:

«El bienestar del pueblo es ley suprema. Consecuente con este gran principio, señores, el obrero, que es la fracción más numerosa y útil del pueblo, lo abraza como la causa más pura, tan pura como el campo de esta insignia combinal que se despliega

Eduardo Devés en *Los que van a morir te saludan*, Santiago, Documentas, 1988. Este mismo episodio y el posterior ocaso de la Mancomunal de Iquique también han sido tratados exhaustivamente por Pablo Artaza en su tesis inédita de maestría «Movimiento social, politización popular y conciencia de clase en Tarapacá, 1907-1912», Universidad de Santiago de Chile, 2001; y en sus artículos, «La sociedad Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique y la huelga de diciembre de 1907», en Pablo Artaza et al., *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, DIBAM, LOM, Universidad Arturo Prat, 1998; y «El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá», *Cuadernos de Historia* N° 18, Santiago, Universidad de Chile, 2000.

116 Eduardo Devés, «El movimiento mancomunal...», *op. cit.*, vol. II, p. 163.

al viento, indicando que miles de voluntades aunadas la conservarán siempre muy en alto, como la enseña de su credo, y que ella sólo dejaría de existir cuando en los obreros de Tarapacá, cuando en los obreros de todo Chile haya muerto toda idea de libertad y progreso, y cuando no quede un espíritu que mire la esclavitud con horror y repugnancia».¹¹⁷

Difícilmente podía alcanzar un discurso obrero mayor fuerza identitaria o mayor ambición universalista y redentora. Pero sí podía alcanzarse una expresión más específicamente rupturista del orden establecido, como sucedió en la vertiente que se examinará a continuación.

4. EL DISCURSO ANARQUISTA

En comparación con las formas de organización obrera que se han tratado en los apartados anteriores, la presencia del anarquismo en las provincias salitreras y, sobre todo, en la de Tarapacá, fue bastante débil durante el período estudiado. Como contradiciendo este juicio, muchos testimonios de la época, así como la mayor parte de la historiografía posterior, atribuyeron a esta corriente un papel gravitante en la conducción de la huelga iquiqueña de diciembre de 1907, la misma que desembocó en la masacre de la Escuela Domingo Santa María. Sin embargo, como se ha argumentado en otro lugar,¹¹⁸ de este fenómeno no se deduce automáticamente una influencia numérica u orgánica equivalente en los años previos a ese suceso, y mucho menos después de él, cuando la represión empresarial y estatal se encargó de erradicar cualquier asomo de agitación anarquista en la zona.¹¹⁹ El primer registro de actividad anarquista concreta recién viene a verificarse hacia 1902, con la aparición, en la localidad de Huara, del periódico *El Obrero Libre*, dirigido por militantes demócratas radicalizados, como Luis Ponce y Rosario Burgueño. Sin embargo, esa iniciativa, así como otras de análoga orientación, no sobrepasaron un perímetro muy reducido de adeptos y núcleos organizativos que a duras penas se las ingeniaban para sobrevivir. La llegada, desde el sur, de algunos anarquistas destacados, como Luis Olea, Julio Valiente e Ignacio Mora infundió a esa propuesta un mayor vigor doctrinario,

117 *El Trabajo* (Iquique), 29 de enero de 1903.

118 Julio Pinto V., «El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿apóstoles o líderes?», en Pablo Artaza et al., *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, op. cit.

119 A este respecto, ver Pablo Artaza, «El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá», op. cit.

pero que no se tradujo en una mayor capacidad de reclutamiento. El anarquismo tarapaqueño jamás logró, al menos en esa década, movilizar tras sus filas a contingentes de miles de trabajadores, como los que reconocían militancia en la Mancomunal, o incluso aquellos centenares que de uno u otro modo se identificaban con el Partido Demócrata. Más aún, los escasos y precarios referentes reconociblemente anarquistas solían exhibir fronteras bastante porosas respecto de estas otras corrientes, ocurriendo a menudo que un militante regional apareciese a la vez, o dentro de un corto lapso, identificado también como mancomunado o demócrata. Así ocurrió, por ejemplo, con algunos de los portavoces más connotados del anarquismo tarapaqueño, como Luis Ponce, Ricardo Benavides o José del Carmen Aliaga, o con la organización más persistentemente asociada a esa corriente, como fue la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores y Caja de Ahorros, surgida en 1901 de una disidencia del Partido Demócrata, liderada por el ya mencionado dramaturgo y periodista de fama nacional, Juan Rafael Allende.¹²⁰ En tales circunstancias, se hace difícil aislar un núcleo analítico a partir del cual se pueda identificar un discurso consistentemente anarquista.

Quizás, no debería causar extrañeza esa falta de nitidez orgánica o doctrinaria, pues, como lo ha planteado Sergio Grez en uno de sus trabajos, «hasta comienzos del siglo XX, la diferenciación entre estas corrientes no fue clara. Al interior del Partido Democrático existían tendencias radicales influenciadas por el anarquismo y el socialismo. Por otra parte, las fronteras entre el socialismo marxista y el socialismo libertario eran más bien difusas».¹²¹ En esa perspectiva, el ejercicio que se emprende a continuación no pretende destilar una especie de anarquismo salitrero «puro», que se contraponga en todas sus partes a los discursos que se han revisado hasta aquí. Más bien, lo que se ha hecho es tratar de discernir, en aquellos órganos de expresión regional que exhiben una mayor afinidad con dicha doctrina, los principales elementos diferenciadores respecto de lo que ya se ha visto, los cuales podrían haber hecho una contribución original a la construcción de una identidad obrera en el norte salitrero. A tal efecto, lo que sigue se basa en una revisión de los periódicos *El Obrero Libre*, *La Agitación* y *El Pensamiento Obrero*,

120 La historia de la Sociedad Pampina Internacional Defensora de Trabajadores y Socorros Mutuos es reconstruida minuciosamente por Francisco Sepúlveda G., «Trayectoria y proyección histórica del Partido Demócrata en Tarapacá, 1899-1909», tesis inédita de Licenciatura, Universidad de Santiago de Chile, 2003.

121 Sergio Grez, *La «cuestión social» en Chile...*, *op. cit.*, p. 38, nota 107. Como se vio en el apartado anterior, esto también habría sucedido al interior de la Mancomunal, de acuerdo a lo señalado por Eduardo Devés.

que, de todos los publicados durante esos años en Tarapacá, son los más reconociblemente anarquistas, aunque no siempre hayan asumido en forma explícita tal afiliación. ¿Puede extraerse de ellos un discurso de clase significativamente distinto de lo que se ha encontrado en las páginas que preceden?

Para responder la pregunta, podría empezarse por reparar en su visión mucho más polarizada y beligerante respecto de las divisiones sociales, que en esta corriente discursiva se transforman en un abismo insondable y fundacional. La lucha de clases, ya insinuada y agitada en la prensa mancomunal, aparece aquí como una realidad que no admite ambivalencias o pretensiones de armonía. «Subleva el espíritu», exclama la Internacional Defensora de Trabajadores en una comunicación dirigida a la Federación Internacional de Resistencia de Lota-Coronel, «al contemplar la obra de carnicería y ruindad que por todas partes viene haciendo la burguesía con los nobles obreros, que cansados de sufrir tantos hambres, miserias y vejámenes, se yerguen potentes de sus derechos usurpados para levantarse como un solo hombre en poderosas huelgas».¹²² «El obrero y el trabajador que no tienen sino sus brazos», concordaba en una «Carta abierta sobre las huelgas» el articulista Alejandro Parra, «son verdaderos esclavos de los propietarios y capitalistas. ¿Qué pueden hacer esos pobres hombres para comer? ¿Dónde tomar el pan que necesitan? No hay en la tierra un fruto, una hierba, una brizna de paja que no tenga dueño: todo está ya apropiado. Para comer, pues, no tienen más remedio que vender su fuerza muscular. Y esta venta es para ellos obligatoria, forzosa, imprescindible, inevitable. Tienen que venderse o morir. Se venden».¹²³ «En esta humanidad orgullosa de sí misma», agregaba el anarquista español Carlos Malato, haciendo notar la paradoja, «y que se vanagloria de su civilización, descubrimos en todas partes la opresión y la astucia sembradoras del odio... La miseria material y moral de las masas es hoy más escandalosa e intolerable que en las épocas bárbaras, en las cuales se carecía de todo».¹²⁴ «Los que trabajan nada tienen. Los que nada hacen tienen de todo», remachaba Alfredo A. Olivares; «los que todo producen, viven en tristes chozas, se visten mal y pasan hambres. Los que nada producen viven en palacios, se visten con elegancia y gozan de todo».¹²⁵ O, como se repetía en otra parte en palabras casi idénticas: «No es justo, no es bueno, que quien no trabaja goce de todo y de todo disfrute. No es bueno ni justo que el obrero muera por ex-

122 *El Obrero Libre* (Huará), 1° de mayo de 1903.

123 *La Agitación* (Dolores), 15 de julio de 1905.

124 *El Obrero Libre* (Huará), 20 de mayo de 1904.

125 *La Agitación* (Dolores), 12 de agosto de 1905.

ceso de fatiga y falta de alimento, esto no es justo y quien diga lo contrario es un canalla a quien debemos combatir».¹²⁶

Como dejan entrever todas las citas precedentemente expuestas, la indignación moral que las recorre se nutría de un profundo sentimiento de injusticia, en el sentido de que el obrero, gestor de todo lo que la civilización moderna tenía de positivo y gratificante, recibía una retribución inversamente proporcional a su valía. Y era en esta última, por supuesto, que los anarquistas fundaban el orgullo de clase que se habían propuesto potenciar, y que legitimaba en lo más profundo la misión en la que estaban embarcados. «Siendo las clases obreras», decía en tal registro «Juan Tres Dedos», «las que forman el núcleo vivo del progreso y la vitalidad del país, ¿por qué se le agobia con nuevas cargas que les hacen llevar una vida de extremada pobreza y de sumisión a los potentados de la fortuna?».¹²⁷ «Los obreros», agregaba un articulista de la localidad de Huara, introduciendo un ángulo argumentativo diferente, «componen en todas partes del mundo la mayoría del pueblo o sea la población. La solución del problema a que se refiere esta clase social significa entonces la solución del problema que atañe a la organización de las colectividades humanas».¹²⁸ «Si la propiedad está basada en el trabajo», decía un tercero, reuniendo ambos aspectos de la cuestión, «si cada cual tiene derecho, por lo tanto, al producto de su trabajo, ¿por qué se viola diariamente este sagrado derecho en la persona de los obreros y trabajadores, es decir, en la persona de la inmensa mayoría de los hombres?». Y proseguía: «los capitalistas se enriquecen, no con su propio trabajo, que es insignificante o nulo, sino con el trabajo ajeno, es decir, tomando al obrero y al trabajador casi todo lo que producen y que debiera ser suyo: y esto, ¿cómo se llama? Explotación».¹²⁹ O como lo planteaba el dirigente pampino Luis Ponce en un arranque casi místico:

«Mediante el poder omnipotente del brazo creador del obrero, los que ayer eran áridos terrenos o vírgenes selvas, mañana son feraces campos agrícolas. Al golpe mágico de su herramienta vándose uniendo los mares y las naciones. La tierra vándose poblando de bellas ciudades, portentosas fábricas y talleres modelos; y a su temerario arrojo, los océanos vándose cuajando de espléndidas marinas que de un continente a otro son portadoras de los frutos de la madre Natura y de las producciones del hombre. A las entrañas mismas de la tierra y al seno de la inmensidad de las aguas van arrancando sus preciosos tesoros y sus nebulosos secretos! Gloria, pero verdadera gloria eterna! al Creador de todas las obras y las bellezas que encierran los

126 *El Pensamiento Obrero* (Pozo Almonte), 2 de marzo de 1906.

127 *El Obrero Libre* (Huara), 1° de noviembre de 1902.

128 *El Obrero Libre* (Huara), 19 de noviembre de 1902.

129 *La Agitación* (Dolores), 15 de julio de 1905.

hogares y los pueblos, las ciencias y las artes... Abrogadores de derechos divinos que os habíais prevalecido de todas las ignorancias y las debilidades humanas, glorificad con vuestros salmos al Dios Obrero, que con mano pródiga os alimenta y os colma de riquezas y de placeres».¹³⁰

Inspirados en esas premisas, los anarquistas llamaban a sus compañeros de clase a educar «nuestro cerebro y nuestro corazón en el sentimiento del amor y la solidaridad a nuestra clase proletaria, para que nos sintamos moralmente fuertes todos los oprimidos por los gobiernos y explotados por los capitalistas, y habremos echado los cimientos de granito en que descansa el porvenir de la Humanidad, que hoy sufre y llora las injusticias sociales».¹³¹ Porque era una ingenuidad pensar que los desheredados de la fortuna («desheredados porque la legítima producción del trabajo es arrebatada por los más audaces y desvergonzados, escudados por leyes e instituciones inquisitoriales»¹³²) iban a poder rectificar la injusticia social por las vías del entendimiento y la conciliación: «los reformadores económicos», dictaminaba un columnista que se firmaba «Justo Rebelde», «fracasaron y fracasarán siempre, en sus propósitos de solucionar la cuestión social, porque esperan de la conciliación y la armonía entre el trabajo y el capital, lo que sólo se ha de obtener mediante la lucha esencialmente de clases». «Esta lucha tan inevitable», proseguía, «como inevitable es el antagonismo de intereses económicos entre el proletariado y la burguesía, seguirá su marcha progresiva, empujada fuertemente por el desarrollo mismo de la explotación capitalista, que precipita a los trabajadores a una mayor miseria, a la vez que éstos, cada día adquieren mayor conciencia de ser los únicos productores de la riqueza social, y por lo tanto, los únicos dueños para gozarla».¹³³ Lo que se imponía, entonces, era asaltar frontalmente los pilares sobre los cuales se sustentaba el actual e injusto orden de cosas: «En numerosas ocasiones, las más nobles aspiraciones de emancipación social han sido quiméricas ilusiones y vagas esperanzas, porque todo lo dominan y lo niegan los empedernidos capitalistas, las tiránicas autoridades y el clero embrutecedor de la razón humana. Más claro: el Capital, las Leyes y la Religión, son los eternos opresores de las clases productoras».¹³⁴

La urgencia de esta triple e impostergable lucha era subrayada por el

130 *El Obrero Libre* (Huara), 20 de mayo de 1904.

131 *La Agitación* (Dolores), 9 de septiembre de 1905.

132 *El Obrero Libre* (Huara), 19 de noviembre de 1902.

133 *La Agitación* (Dolores), 5 de agosto de 1905.

134 *El Obrero Libre* (Huara), 10 de diciembre de 1902.

Directorio General de la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores al convocar a sus compañeros de clase «Al puesto del deber»: «La lucha por el mejoramiento social del obrero y su familia es un deber; que revela el alto grado de progreso moral que rápidamente van alcanzando las diversas clases obreras a fuerza de trabajo, perseverancia y abnegación». Y, reconociendo la dificultad de crear conciencia sobre esta materia, añadía: «la obligación moral de los obreros conscientes e ilustrados es inculcar en los atrofiados cerebros de nuestros hermanos de infortunio las Nuevas Ideas de la emancipación de las clases obreras, tanto de las leyes oligarcas como del capital usurero y usurpador de lo que legítimamente le corresponde por sus fuerzas físicas e intelectuales a los nobles hijos del trabajo».¹³⁵ La misma materia era discutida colectivamente en una reunión general convocada por la Defensora de Trabajadores a fines de 1904: «los compañeros analizaron concienzudamente las causas del creciente malestar económico de los trabajadores, demostrando con irrefutables argumentos, a la luz de la razón y del derecho natural, que la única solución del problema social era expropiando a la burguesía de toda la riqueza social que ha monopolizado, como el suelo, el subsuelo, los medios de alimentación, de vestuario, de instrucción, de comunicaciones, de transporte, las fábricas y las herramientas».¹³⁶ El Capital, en efecto, «engendro de ociosidad y de corrupción social», debía ser abolido, «junto con las instituciones que le dan vida, para que solamente el TRABAJO libremente asociado sea el factor de cambio de productos y de servicios entre iguales; quedando suprimida la explotación capitalista, o sea la esclavitud económica a que están reducidos los trabajadores».¹³⁷ Y como el poder del capital estaba indisolublemente asociado a los poderes del Estado y del clero, «la destrucción de los gobiernos se impone ante todo, para poder derrumbar el capital y la religión, que descansan sobre tan firmes baluartes, los que se sostienen más por él que por la ignorancia, pues ya nadie cree en ese mito llamado Dios, como también estamos convencidos que es nuestro esfuerzo el que produce y no el dinero acaparado mediante lágrimas derramadas en la pocilga o sangre vertida en el taller, fábrica o mina». Y por si dicha tarea pareciese demasiado ambiciosa, «basta darse cuenta de que la fuerza la componemos nosotros, y que al negarle nuestro concurso, por sí solo caerá».¹³⁸ Porque en definitiva:

135 *Ibid.*

136 *La Agitación* (Dolores), marzo de 1905.

137 *La Agitación* (Dolores), 30 de septiembre de 1905; mayúsculas en el original.

138 *La Agitación* (Dolores), 24 de junio de 1905.

«Las clases obreras, a la luz del día, ya han visto su desengaño de que no tienen nada que esperar del Estado en cuanto a su mejoramiento económico, porque él es el primer interesado en sangrarlas. También están plenamente convencidas de que los avarientos capitalistas, siempre serán sordos a las justas peticiones y a los conmovedores sufrimientos de los oprimidos. Su salvación económica la vislumbra allá, en lontananza, en la formación de grandes y poderosas sociedades de resistencia, las que, en un día no lejano, harán comprender claramente, tanto a los gobiernos burgueses como a los potentados de la fortuna que hoy, los obreros, iniciamos la emancipación social: fuertes en nuestros derechos y conscientes de nuestros deberes, es decir, *la emancipación del obrero por el obrero mismo*».¹³⁹

La frase destacada por el autor de la cita encierra uno de los elementos doctrinarios a los que el anarquismo se aferró con mayor pertinacia, como fue el de la autonomía intransable de la clase en la lucha por su liberación social. Porque, en la medida en que la lucha de clases efectivamente tuviese el carácter irreconciliable que se le atribuía, «la emancipación social y económica de las clases obreras ha de ser obra única y exclusiva de ella misma, sin intromisión alguna de ciudadanos extraños a nuestros sufrimientos como hombres de trabajo a todo Sol y a todo viento o en la fábrica o en el taller».¹⁴⁰ De aquí emanaba la negativa radical de los anarquistas a involucrarse en cualquier operación que significara un reconocimiento de la institucionalidad o legalidad vigente, lo que, a su juicio, sólo podría distraer a la clase obrera de sus propios fines y enredarla en las maquinaciones de los poderes establecidos. De aquí también su denuncia absoluta de cualquier afiliación extraña a la propia clase, como podrían serlo los sentimientos religiosos o nacionalistas: «el bello sentimiento natural de la solidaridad humana», denunciaba al respecto «Justo Rebelde», «nos lo ha asesinado la burguesía con sus fanatismos religiosos y sus artificiales fronteras, para que todos los oprimidos y explotados por los propietarios de las patrias burguesas, no nos podamos poner de acuerdo y no nos demos el abrazo fraternal por encima de los códigos, las leyes y las instituciones capitalistas, a fin de que formemos la Patria Universal de los trabajadores que produciéndolo todo, de todo tengamos para nuestras necesidades del estómago y del cerebro».¹⁴¹ O bien, como se decía a propósito de un nuevo aniversario de la independencia nacional, «lo que debemos hacer todos los trabajadores del mundo, es echar al fuego todos los dioses, romper las banderas de todas las patrias y darnos el abrazo fraternal a través de los montes y de los mares, derrocar todas las ti-

139 *El Obrero Libre* (Huara), 1° de noviembre de 1902; cursiva en el original.

140 *El Obrero Libre* (Huara), 1° de mayo de 1903.

141 *La Agitación* (Dolores), 9 de septiembre de 1905.

ranías e implantar la verdadera igualdad basada en la solidaridad de toda la especie humana».¹⁴²

De esa visión radicalmente autonomista de la condición obrera, emanaba también la insistencia en canalizar toda iniciativa social sólo a través de sus propios instrumentos de lucha y del principio conocido como «acción directa». En términos prácticos, esto se materializaba en instancias como las sociedades de resistencia, los centros de estudios sociales o el recurso de la huelga, en los que no debía haber mediación alguna por parte del Estado, los partidos políticos o los representantes del capital: «la federación de resistencia, en sus funciones es la verdadera trinchera de combate que en la lucha de clases se erige frente al mundo burgués amenazándole de ruina. Ha nacido como fruto de la misma lucha. En su generación ha intervenido *exclusivamente* un esfuerzo proletario. En su seno se reconcentra todo lo que de más combativo hay en la clase trabajadora. Su capacidad, por consiguiente, para realizar la expropiación de la burguesía, es positiva e indiscutible. A las federaciones de resistencia, les corresponde el manejo del arma esencialmente obrera: *la huelga general*». Y por si el mensaje no hubiera quedado suficientemente claro, el exclusivismo obrerista ya insinuado en el discurso mancomunal se elevaba aquí a un nivel de paroxismo:

«La verdadera educación revolucionaria de los trabajadores se operará en el seno de las federaciones de resistencia, porque es allí donde se proveen y se proveerán de los elementos necesarios a su elevación física, moral e intelectual donde adquieren la fuerza moral colectiva, indispensables para destruir el actual orden capitalista. Así, los trabajadores aprenderán que su campo genuino de acción, está en sus propios dominios, en las organizaciones obreras, y no en los dominios del enemigo, en los *parlamentos*, como se obstinan y lo practican algunos demócratas y socialistas burgueses. Los trabajadores con la ilustración experimental de sus necesidades nacidas al calor de las contingencias de la lucha por la existencia, son los únicos llamados a determinar su acción emancipadora, desde el seno de sus órganos de clase, desde su trinchera de combate: las federaciones de resistencia».¹⁴³

Además de la intransigencia de su afiliación de clase, el discurso obrero anarquista se distinguía de otras propuestas similares por su inclusión reiterativa de la mujer proletaria en el proyecto y la identidad que se buscaba consolidar. «El siglo XX», escribía, de manera optimista, en un periódico anarquista alguien que se firmaba «Elena P. M.», «es el término de la sangrienta obra de verdugos, autoridades y opresores del humilde proletario y la

142 *La Agitación* (Dolores), 16 de septiembre de 1905.

143 *La Agitación* (Dolores), 5 de agosto de 1905; cursivas en el original.

exaltación de éste al goce de los derechos que le acordara la sabia madre Naturaleza». Aún no cabía, sin embargo, dar la obra por concluida: «todavía queda el principio de la lucha por la emancipación social de la mujer proletaria; de esa hermosa mujer que todavía —la mayoría— permanece uncida al negro carro de la ignorancia de sus sacrosantos deberes sociales». ¹⁴⁴ Una grave omisión del movimiento obrero, según la opinión anarquista, era el descuido en que hasta entonces había mantenido a su componente femenino: «hay que romper de una vez para siempre con la funesta creencia de que la mujer obrera es extraña a la lucha social. Imperioso deber de los actuales luchadores, es instruir también en el socialismo a la mujer proletaria. Que la lucha y la instrucción social sea uniforme, que no hayan rezagados ni ignorantes en el augusto deber que nos corresponde desempeñar mañana en el fragor de la lucha y cada cual en su puesto». ¹⁴⁵ «Proclamamos», anunciaba el Centro Libertario Luz y Libertad, «la emancipación social y económica de la mujer; y con las armas de la razón y el convencimiento sostendremos que ella es la libre y natural compañera del hombre, y no la sierva o esclava impuesta por el grosero convencionalismo de las leyes y de la religión». ¹⁴⁶ Otro tanto sostenía el militante Ricardo Benavides, universalizando la necesaria conjunción entre clase y género: «¡A la obra, pues, mujeres obreras! Si tenéis un corazón, un alma y una inteligencia, ponédla al servicio de vuestra causa que lo es de la humanidad entera, trabajad intelectualmente y ocupad el lugar que os pertenece en la lucha de reivindicación en que están empeñados vuestros compañeros de sufrimiento los obreros». ¹⁴⁷ Como lo ha demostrado Elizabeth Hutchison, la incorporación efectiva de la mujer al movimiento obrero, tanto en su condición de mujer como en la de trabajadora, no fue un proceso exento de ambivalencias y contradicciones. ¹⁴⁸ En lo que respecta al mundo salitrero, de los discursos revisados hasta el momento, el anarquista es el único que hizo un esfuerzo sistemático por reparar al menos ideológicamente esta incongruencia, insistiendo en que el ideal emancipatorio debía abarcar a todos y todas por igual. En ese aspecto, también puede decirse que su propuesta clasista fue la que tuvo un mayor sentido de conjunto.

En suma, por lo que se ha visto, el discurso anarquista nortino se hizo

144 *El Obrero Libre* (Huara), 10 de diciembre de 1902.

145 *El Obrero Libre* (Huara), 1° de mayo de 1903.

146 *El Obrero Libre* (Dolores), 20 de mayo de 1904.

147 *La Agitación* (Dolores), 9 de junio de 1905.

148 Elizabeth Q. Hutchison, *Labors Appropriate to Their Sex. Gender, Labor and Politics in Urban Chile, 1900-1930*, Duke University Press, 2001.

partícipe de la gran mayoría de los elementos clasistas consignados en los apartados anteriores, pero llevándolos a un plano mucho más militante y rupturista. En efecto, una vez más aparecen aquí la visión esencialmente estructural y dicotómica de la sociedad, la denuncia moral y filosófica de la injusticia social, y la premisa del trabajo como forjador básico de identidad y fuerza motriz del progreso humano. Aparece también el llamado a hacer del sentimiento de clase la guía fundamental de la conducta, y la proyección utópica de un futuro que, por fundarse en el espíritu obrero, debía ser necesariamente mejor y más acorde con las leyes de la naturaleza y de la historia. A partir de tales coordenadas, el anarquismo acentuaba el llamado a una autonomía intransigente de la clase respecto de otros referentes (políticos, nacionales, étnicos o religiosos), en concordancia con una concepción mucho más absoluta del antagonismo social: siendo la lucha de clases una realidad constitutiva del orden existente, cualquier desviación del interés clasista específico no podía sino contribuir a la subsistencia de la opresión. En tal virtud, el logro de la emancipación obrera, y, por tanto, de la libertad y de la igualdad entre las personas, pasaba necesariamente por la acción revolucionaria. «Yo soy», decía en su manifiesto fundacional el periódico *El Pensamiento Obrero*, «el que fomento el odio a la tiranía y a la injusticia. Yo soy el que propago el amor universal entre los humanos». Por consiguiente, continuaba, «mi obra es destructora y constructora a la vez. Destruyo todo lo que significa tiranía y opresión y edifico el nuevo mundo basado en el amor y la igualdad».¹⁴⁹ En esa visión utópica, esencialista y rupturista tal vez radique la fortaleza que, pese a su debilidad organizativa y numérica, puede discernirse en el discurso anarquista, y que podría explicar por qué tantos de sus portavoces aparecieron en la conducción de la gran huelga de diciembre de 1907, máxima expresión colectiva de protagonismo obrero que conoció el período en estudio. Sin embargo, lo mismo podría decirse en relación con el carácter y la magnitud de la represión que puso fin a ese movimiento, cuya brutalidad, junto con ratificar la profundidad del abismo social que los anarquistas venían denunciando, sugiere la existencia entre las elites de un sentimiento de amenaza, que otros discursos obreristas no habían sido capaces de suscitar. Así, en el futuro inmediato al menos, no fue el anarquismo el que siguió marcando la pauta del sujeto obrero que la experiencia salitrera estaba en vías de construir. Ese papel lo asumió, como se sabe, la disidencia demócrata liderada por Luis Emilio Recabarren, que finalmente se encarnó en el Partido Obrero Socialista.

149 *El Pensamiento Obrero* (Pozo Almonte), 19 de diciembre de 1905.

5. EL DISCURSO DEMÓCRATA

El Partido Democrático, primera expresión partidista chilena orientada específicamente hacia los sectores populares, tuvo su acto fundacional el 7 de noviembre de 1887, en el local de la Sociedad Filarmónica de Obreros de Santiago. Organizada a partir de una iniciativa conjunta de dirigentes artesanales y jóvenes de clase media disconformes con la actuación del Partido Radical, la naciente agrupación establecía como su primer objetivo programático «la emancipación política, social y económica del pueblo».¹⁵⁰ Al hablar de «pueblo», por cierto, no se contemplaba solamente a las clases trabajadoras, sino que, en una óptica coherente con un liberalismo más clásico, el llamado se hacía extensivo «a todos los hombres de buena voluntad, amantes de su país y conscientes de su derecho y de sus intereses, sin distinción de clases ni condiciones».¹⁵¹ De igual forma, y como lo ha hecho notar Sergio Grez en su concienzudo estudio sobre esta materia, el programa demócrata «no abordaba en ninguno de sus puntos el problema de las relaciones entre el capital y la fuerza de trabajo. Ni las demandas destinadas a lograr un aumento del valor de la fuerza de trabajo, ni el mejoramiento de las relaciones laborales, y ni siquiera la abolición del despótico sistema de remuneraciones por fichas imperante en vastos sectores de la producción, eran considerados».¹⁵² Lejos de ello, la emancipación política, social y económica del pueblo se predicaba básicamente en el proteccionismo económico y en una democratización efectiva del quehacer político: «la lucha pacífica de las urnas, el sufragio digno y honrado será nuestra única arma de combate, él es nuestro derecho y nuestra fuerza». Con todo, el diagnóstico crítico sobre el cual se legitimaba la creación del nuevo referente político sí hacía hincapié en consideraciones de orden social: «Entregados exclusivamente a la agricultura, vivimos en un estado vecino a la barbarie. El pobre se ve condenado irremisiblemente a la semiesclavitud del inquilinaje, a las rudas labores de la barreta y del arado. El trabajo inteligente, la destreza y la habilidad manual no tienen campo de ejercicio entre nosotros. Los desheredados de la fortuna

150 El programa del Partido Democrático está reproducido en Sergio Grez, ed., *La cuestión social en Chile...*, op. cit., p. 367.

151 «Manifiesto del Partido Democrático al pueblo de Chile», publicado en *El Ferrocarril* (Santiago), 29 de noviembre de 1888, y reproducido en Sergio Grez (ed.), *La cuestión social en Chile...*, op. cit., pp. 363-366.

152 Sergio Grez, *De la regeneración del pueblo a la huelga general*, op. cit., p. 663.

nacen condenados a la miseria y a la ignorancia, al servilismo y al proletariado». En tal contexto, y aunque se mantuviese firmemente dentro de los límites del régimen y la praxis política vigentes, el llamado demócrata a «reivindicar para el pueblo el ejercicio de su soberanía, el imperio de la razón, el goce de la libertad y el bienestar material y moral», abría una brecha a través de la cual la naciente clase obrera podía aspirar a un grado superior de protagonismo político.¹⁵³ Fue desde ese espacio institucional, socialmente incluyente y políticamente democratizador, que sus adherentes hicieron su aporte a la definición de una identidad clasista.

Sin embargo, en el caso del norte salitrero, el impacto de la convocatoria demócrata tardó más de una década en hacerse verdaderamente gravitante. Aunque ya en 1889 se hacían los primeros llamados a organizar el nuevo referente político a nivel regional, la iniciativa languideció durante largos años en un estado de precariedad orgánica y desempeño electoral decepcionante. En este último aspecto, recién en 1894 se atrevió la Democracia tarapaqueña a presentar un candidato propio para las elecciones parlamentarias, obteniendo apenas el 4 por ciento de las preferencias. No le fue mucho mejor en el marco municipal, donde sólo en 1897 logró elegir un candidato a regidor, pero apoyándose sustantivamente en una alianza con partidos burgueses, como el balmadecista y el radical. Es sugerente constatar que en esa misma elección un antiguo dirigente demócrata que optó por presentarse desligado de cualquier partido, el sastre José Segundo Leiva, obtuvo la primera mayoría. Su excepcional victoria, que por lo demás no logró repetir al volver a ligarse formalmente a su partido, corrobora la debilidad que rodeó el accionar demócrata durante toda la década de 1890. Y si se atiende a la importancia que la entidad depositaba en el plano electoral, su incapacidad para movilizar una adhesión significativa en una de las regiones con mayor concentración obrera resultaba un claro signo de fracaso. Mucho más exitoso en ese propósito, como se vio más arriba, se había demostrado un partido netamente burgués como el balmacedista.¹⁵⁴

En un plano particularmente relevante para los efectos de este artículo, esta precariedad también se evidenció en la prolongada incapacidad del Partido Democrático tarapaqueño para dar vida a su propio órgano de expre-

153 Las citas son del «Manifiesto del Partido Democrático al pueblo de Chile», *op. cit.*

154 El carácter específicamente político de este fenómeno ha sido analizado en el capítulo 6 de mi libro *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, *op. cit.* Allí también se identifican las fuentes de las que se han extraído las cifras e información citadas en este párrafo.

sión, situación que contrastaba con lo ocurrido en otras ciudades del país. Durante toda una década, la propaganda demócrata se vio confinada a la transmisión oral o a la muy eventual aparición en medios de prensa no obreros. Así, un comunicado publicado por el directorio de la Agrupación de Tarapacá en mayo de 1893, donde afirmaba que ella, por componerse «en su mayor parte de la clase obrera y trabajadora, está llamada a desempeñar a la sombra de la bandera de la democracia, un papel muy importante en los destinos de nuestra joven República; unidos como un solo hombre y guiados por una misma idea, llegaremos al fin de la jornada a constituir el verdadero partido del pueblo; partido único llamado a regir sobre bases sólidas las instituciones en nuestro país», se veía seguramente deslucido por el hecho de tener que ocupar las columnas de un periódico burgués como *La Patria*.¹⁵⁵ A menudo, esa dependencia significaba que el discurso obrerista debía subordinarse a los imperativos de la alianza política de turno, siempre encabezada por partidos oligárquicos. De ese modo, un artículo del periódico liberal *El Nacional* se permitía tomar la palabra demócrata para asegurar que, viendo «que las clases trabajadoras sufren de miseria y hambre, que las industrias languidecen de un extremo al otro del país, y que nuestra situación empeora más cada día», dicho partido no visualizaba mejor estrategia que «contribuir con su grano de arena a la labor de progreso que se ha trazado S. E. el Presidente de la República», no obstante que hasta esa fecha ese alto personero jamás había evidenciado una preocupación muy profunda por el sentir popular.¹⁵⁶ En igual sentido, y por ese mismo tiempo, el antes nombrado dirigente demócrata José Segundo Leiva ofrecía el apoyo de sus correligionarios a un candidato del Partido Radical, sometiendo a su consideración una serie de peticiones que «constituyen las expresiones más legítimas de la clase obrera y trabajadora de Tarapacá».¹⁵⁷ En condiciones de tan precaria autonomía, no resultaba fácil legitimar al naciente partido como una expresión genuina de reivindicación clasista.

La situación sólo comenzó a variar de manera visible con la aparición, en mayo de 1899, de *El Pueblo*, primer periódico demócrata de la región. Creado por el profesor de música y miembro fundador del partido, Osvaldo López, ese medio se convirtió en el segundo en la localidad que se definía específicamente como obrero («aboga por la libertad y el engrandecimiento de la clase trabajadora; como popular, defiende los derechos de la clase trabajadora»), y el primero, a

155 *La Patria* (Iquique), 13 de mayo de 1893.

156 *El Nacional* (Iquique), 3 de junio de 1897.

157 *El Nacional* (Iquique), 28 de agosto de 1897.

diferencia de su antecesor —el ya mencionado periódico mutualista *El Obrero*—, que logró mantenerse varios años en circulación. Incluso, tras su desaparición, en junio de 1906, provocada por un incendio al parecer intencional de su imprenta y por el traslado de Osvaldo López a la ciudad de Santiago, su labor fue recogida por un sucesor denominado *El Pueblo Obrero*, cuya existencia se prolongó hasta octubre de 1910. En su número inaugural, el continuador de *El Pueblo* justificaba su aparición en los siguientes términos:

«Comprendiendo la imperiosa necesidad que se dejaba sentir en esta provincia de que la clase trabajadora contara con un periódico obrero donde pudiera hacer públicas sus quejas, sus reclamos, y todas las penurias que pasan los obreros, en particular los que trabajan en las oficinas salitreras y establecimientos industriales, nos hemos propuesto sacar a luz pública un periódico de pequeño formato pero que refleje en todas sus partes el sentimiento del obrero. Desde que dejó de publicarse *El Pueblo* que editó don Osvaldo López y que feneció el 11 de julio del presente año, el obrero, el trabajador ha pasado mudo, triste y sin tener un órgano a quien recurrir, ya para publicar los abusos que con ellos cometen los burgueses, ya para saber de algún amigo o pariente que se encuentra en el hospital o ausente de la provincia. Nosotros que como esos denodados hijos del trabajo, desamparados de la fortuna y que se encuentran explotados por el capital, no hemos podido por menos de levantar nuestra voz y dedicarnos a esta pesada tarea».¹⁵⁸

De ese modo, junto al periódico mancomunal *El Trabajo*, la prensa demócrata —a la que habría que sumar periódicos tendenciales de más corta vida, como *El Defensor*, *La Democracia* y *El Regenerador*— se convirtió en una de las principales y más sostenidas portadoras de la palabra obrera en la región salitrera.¹⁵⁹ A partir de ella, se construyó, en efecto, un discurso de clase por lo menos tan influyente como los que hasta aquí se han revisado, y cuya posterior conexión con la labor de Luis Emilio Recabarren terminó otorgándole, considerando la fragilidad de sus inicios, una proyección inesperada hacia el futuro.

En primer lugar, en consonancia con las otras corrientes revisadas, la prensa demócrata iquiqueña también levantó un discurso de dignificación obrera, potenciado —o enardecido— por una profunda indignación ante la injusticia en que esa fecunda clase debía debatirse. «La clase obrera», proclamaba *El Pueblo*, a pocos meses de su fundación, «he aquí el gran adalid de la civilización». Y agregaba: «los obreros son los que verdaderamente han

158 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 18 de septiembre de 1906.

159 Para la historia del Partido Demócrata tarapaqueño, ha sido de inapreciable valor la tesis de licenciatura de Francisco Sepúlveda Gallardo, «Trayectoria y proyección histórica del Partido Demócrata en Tarapacá, 1899-1909», *op. cit.*

civilizado al mundo, sin ellos toda idea por grande que hubiese sido no habría pasado de una utopía». ¹⁶⁰ «Mientras que el trabajo, el más precioso don de la raza humana», escribía, tiempo después, el articulista Mario Calvia, «se explota inhumanamente en beneficio exclusivo de la clase capitalista, de los parásitos que nada producen y que sin embargo disfrutan de todos los placeres», el «único y verdadero dueño» de ese atributo civilizatorio quedaba reducido a la miseria más espantosa. «¿Es posible», fulminaba, mantener en esas condiciones «la marcha de la sociedad?». «¿Qué sería del comercio, la agricultura, la industria, etc.? ¿Qué sería de la humanidad? Volveríamos a la época de la barbarie». ¹⁶¹ «Mirar la actual civilización», terciaba en términos análogos Víctor Calderón, «ver el universo entero desplegar un continuo movimiento, ver pasar distintos sistemas de carruajes y locomotoras, los navíos que se deslizan sobre la superficie del mar, dejando tras de sí oscuro y largo penacho de humo; contemplar al hombre obrero dando impulsos a todo este movimiento de comercio y comodidad que labra y maneja al golpe de sus activos brazos», no podía sino causar indignación cuando se reparaba en que el fruto de todo ese esfuerzo sólo contribuía a «servir a la clase rica y pérfidos burgueses, que sólo dejan la migaja al pueblo, mientras ellos se comen la torta». ¹⁶² O, como lo planteaba musicalmente Cosme Lagos en su «Himno del Obrero», con partitura arreglada por el propio Osvaldo López:

«La herramienta es la espada del arte
Del obrero es escudo el sudor;
El trabajo es la herencia del hombre
El trabajo es virtud y es honor.

I

El obrero da impulso a las artes
Abre el paso a la industria y la ciencia
Y a su sana y benéfica influencia
Brotó el árbol feliz de la paz
Le consuela el trabajo, si sufre,
Le da aliento, firmeza y constancia,
Y de su alma hace huir la ignorancia
Que es del mundo la plaga fatal.

II

El obrero es el hombre más libre
El obrero ante nadie se humilla

160 *El Pueblo* (Iquique), 13 de enero de 1900.

161 *El Pueblo* (Iquique), 25 de septiembre de 1901.

162 *El Pueblo* (Iquique), 7 de octubre de 1902.

Y aunque su alma parezca sencilla
Lleva un germen en sí de altivez
Él será la palanca que siempre
A los pueblos ventura procure;
No palanca servil que asegure
la prez de otros; su yugo después.

III

En sus venas circula la sangre
Que hace al hombre valiente y patriota
Mientras de ella le quede una gota
Sus derechos sabrá disputar.
Del deber en la senda del mundo
Seguirá con anhelo la vía
Su bandera, su norte y su guía
Libertad y progreso será».¹⁶³

El mismo discurso autocelebratorio aparece en las columnas de *El Pueblo Obrero*, reforzando el sentimiento de dignidad colectiva vulnerada que, como se ha visto, recorría indistintamente todas las vertientes del obrerismo tarapaqueño. «Pocos pueblos más desgraciados que el chileno», afirmaba un articulista de ese medio, a pocas semanas de su fundación; «teniendo tantos méritos como tiene y mereciendo ser amado y respetado por sus explotadores, no lo es». El pueblo, continuaba, «es la única y verdadera clase eminentemente noble que existe en Chile»; y sentenciaba: «decimos bien: la única clase noble, porque a nuestro juicio no existe más nobleza que la de la virtud».¹⁶⁴ «¡Oh civilización, oh progreso!», concordaba, algunos meses después, el articulista Rómulo Vaccaro, «sois palabras muy majestuosas y sonoras; pero sois así también un gran sarcasmo. Porque ¿puede haber cosa más irritante y más injusta que el antagonismo que existe entre el capital y el trabajo? ¿Hasta cuándo será que subsista un orden social como el que prima, de un modo artificial y mentiroso, a favor del cual es posible todavía la existencia de estos tres sarcasmos, horribles y sangrientos: el capitalismo, el catolicismo y el militarismo, que arrojan a la faz del hombre que aspira a un estado humano y libre?». ¹⁶⁵ «Que la sociedad tiene afianzada su base en la des-

163 *El Pueblo* (Iquique), 20 de julio de 1899. Para una muy interesante selección de poemas obreros publicados en *El Pueblo* y *El Pueblo Obrero*, ver Sergio González, María Angélica Illanes y Luis Moulián, *Poemario popular de Tarapacá*, Santiago-Iquique, Universidad Arturo Prat, LOM, DIBAM, 1998.

164 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 27 de octubre de 1906.

165 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 2 de febrero de 1907.

igualdad y el monopolio», concluía un tercer columnista, «lo manifiesta el estado de enervamiento y miseria a que está sometida una clase, la más importante, la más útil, la que transforma, la que crea, la que da vida: el desheredado bracero».¹⁶⁶

A partir de ese diagnóstico compartido sobre los méritos de la clase y su magra retribución, el discurso demócrata se diferenciaba de los hasta aquí revisados en el sentido de otorgar una relevancia mucho mayor a la acción política como vía de dignificación. La clase sólo podía reivindicar su protagonismo histórico —se sostenía—, incidiendo directamente en la toma de decisiones o asumiendo por sí misma los atributos de la ciudadanía plena, es decir, ejerciendo auténticamente los principios democráticos que no por casualidad se habían adoptado como divisa partidista. Así lo sostenía al despuntar el siglo XX un editorial titulado precisamente «La clase obrera»: «El día en que los artesanos comprendan la importancia del deber político, el día en que el obrero tome la dirección de los fondos públicos, el día en que los futres no estafen a los trabajadores, el día en que el gobierno como republicano que es, sea formado de todos los órdenes sociales de que se compone la comunidad, ese día habrá resonado la hora de la regeneración para el pueblo».¹⁶⁷ En su aspecto doctrinario, ese llamado no hacía sino reivindicar los derechos que el propio sistema político imperante afirmaba encarnar: la soberanía popular, «el gobierno del pueblo y por el pueblo» —como puntualizaba diariamente un epígrafe de *El Pueblo Obrero*—, la participación equitativa de todos los actores sociales en la generación de los poderes públicos, y la representación genuina de la ciudadanía en el gobierno nacional. En la misma medida en que se los valoraba, por cierto, su transgresión cotidiana en detrimento de la clase obrera sólo podía merecer el mayor de los repudios: «hoy sólo están representados los ricos y el pueblo no ha tenido ni un solo hombre que levante su voz para que cesen los negociados escandalosos y los latrocinios desvergonzados que nos han creado una situación bien difícil y que es verdaderamente admirable que la conciencia asnal del pueblo, haya podido soportar durante tantos años».¹⁶⁸ Pero, como lo sugiere el final de la frase citada, ese repudio debía acompañarse de un reconocimiento de las propias culpas, en tanto los sectores más victimizados se habían demostrado incapaces de hacer valer las garantías que el sistema ponía a su disposición:

«Los individuos que hoy gobiernan y giran en el mercado de la política, llevan con-

166 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 16 de abril de 1907.

167 *El Pueblo* (Iquique), 13 de enero de 1900.

168 *El Pueblo* (Iquique), 10 de febrero de 1900.

sigo una ventaja: el oscurantismo en el que nos encontramos la mayoría de los hijos de este suelo digno de mejor suerte. Pues, los mercaderes políticos medran a la sombra de nuestra ignorancia, enriqueciendo sus insaciables bolsillos a costa de descamisar a nuestra patria y lanzarnos a la miseria más espantosa. Aquellos políticos enguantados de las manos y encallecidos del rostro, con la hipocresía jesuítica que les es peculiar, vienen únicamente a mendigar nuestros votos y a sobarnos las espaldas con las manos; éstos son los fariseos, que se placen de nuestros sufrimientos, y lejos de acordarse de nosotros nos estiran más el dogma. Triste es reconocer que los tales individuos politiqueros, hasta cierto punto, y según ellos, tienen razón. Puesto que con su dinero llegan al poder, y una vez en él, se les hace indispensable explotar la industria de la política, importándoles un ardite que nuestra patria sucumba, y que el pueblo vegete en la completa miseria e ignorancia».¹⁶⁹

De ese modo, «esta República no será grande y próspera sino el día en que sus hijos, la multitud, vayan al sufragio y al parlamento con conciencia plena de sus deberes y derechos», haciendo así realidad práctica los postulados de libertad electoral por los que los partidos oligárquicos presuntamente se habían batido pocos años antes en contra del poder ejecutivo.¹⁷⁰

La utilidad de la vía electoral y de las instituciones democráticas para los propósitos de la clase era para los demócratas un verdadero artículo de fe, y lo que en gran medida los distinguía de otras sensibilidades populares con las que se hallaban por aquel tiempo en debate. Aunque plenamente congruente con el ideario ilustrado que en general compartían los exponentes del naciente discurso obrerista,¹⁷¹ esta convicción ciertamente chocaba con algunos datos evidentes de la realidad política, como la capacidad fáctica de los poderes establecidos para manipular la votación popular o simplemente imponer su autoridad de manera coactiva. Discordaba también con la desconfianza que habitualmente desplegaban las organizaciones populares —ciertamente, las de orientación anarquista, pero también las asociadas al mutualismo o al movimiento mancomunal— ante el aparato político, al que veían como irremediablemente sometido a la hegemonía oligárquica y distorsionador del verdadero interés obrero. Ante tales cuestionamientos, el discurso demócrata avanzaba un paso más en su argumentación, postulando una ocupación directa de los poderes públicos por parte del proletariado, cuya superioridad numérica, en teoría, debía permitirle prescindir de toda intermediación ajena

169 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 10 de noviembre de 1906.

170 La cita es de *El Pueblo* (Iquique), 7 de septiembre de 1899. El efecto de una mayor competencia electoral en la politización popular ha sido analizado en mayor detalle en Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, op. cit., capítulo 6.

171 Sobre este tema, ver el artículo de Eduardo Devés «La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario», *Mapocho* N° 30, Santiago, DIBAM, 1991.

a la clase: «el pueblo, los pobres, los trabajadores, somos diez veces más numerosos que los afortunados, y si es así debemos tener diez veces más representantes que ellos; y lo contrario no hace sino comprobar que los ricos no tienen representantes por derecho sino por cohecho, comprados con billetes mugrientos».¹⁷² Más rotundo aun era el planteamiento de un articulista que se firmaba «Fray Bartolo»:

«Menester es que los hijos del rudo trabajo lleguen algún día al convencimiento cabal del vivo engaño de que se les hace víctimas. De qué sirven esas formulaciones feminiles, con respecto a malos gobiernos, a la falta de leyes en bien del explotado obrero, si acaso nosotros mismos tenemos la culpa, por mirar nuestra situación con tanta indiferencia, como si fuésemos nacidos sólo para carne de cañón. Si el roto, o sea el cañón, tiene ciertas dotes de inteligencia, por qué motivo no ha de ser él nuestro genuino representante en la esfera gubernativa; por qué motivo, siendo los hijos honrados del trabajo la inmensa mayoría de los ciudadanos de Chile, hemos de dar nuestra representación gubernativa a individuos completamente ajenos a nuestros intereses».¹⁷³

También unas viñetas reproducidas en *El Pueblo Obrero*, con el título de «Pensamientos», eran de la opinión de que «la representación en el congreso y en el municipio debe ser genuina del proletariado, eliminando a la burguesía», en tanto que el todavía demócrata Luis Emilio Recabarren escribía a ese mismo periódico a fin de señalar que «el pueblo debe elegir proletarios que luchan por la emancipación proletaria, y nunca, pero nunca votar por un burgués. El obrero que vota por un burgués no hace sino darle más poder de opresión a sus patrones».¹⁷⁴ Sin embargo, al poner la discusión en ese terreno, como lo reconocía el mismo Recabarren en su artículo, la acción política a la que se convocaba a los obreros pasaba a enmarcarse en un contexto netamente confrontacional, algo inusual en un partido que había optado por desenvolverse dentro del sistema: «el obrero para emanciparse tiene que atacar a la burguesía, quitándole el poder público, comercial y la propiedad de sus privilegios». No era ésta, por cierto, la primera vez que el discurso demócrata iquiqueño sobrepasaba los límites de la institucionalidad vigente, o de la inclusión pacífica de los trabajadores en un cuerpo social que también integraban, legítimamente, otros actores. Así, por ejemplo, un artículo aparecido seis años antes con el título de «Capital y Trabajo», llamaba abiertamente a los representantes de esta última categoría a «destruir esta sociedad vil e

172 *El Pueblo* (Iquique), 10 de febrero de 1900.

173 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 10 de noviembre de 1906.

174 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 7 de febrero y 25 de mayo de 1907.

hipócrita que nos roba a nuestros hijos para mantener sus privilegios, condenándonos a una vida eterna de privaciones y miserias, y en su lugar instituyamos una sociedad más pura, basada en la libertad, en la solidaridad, donde todos tengamos asegurado el bienestar, donde tengamos derecho a disfrutar de las maravillas que nos tienen reservadas la ciencia y el progreso bajo el tul purísimo de la hermandad social».¹⁷⁵ Del mismo modo, el futuro militante anarquista Luis Ponce había empleado las columnas de la prensa demócrata para lamentar que «todavía existan corazones inocentes que, cual maná caído del cielo, esperen la salvación social, económica y política del proletariado por los representantes de la burguesía, el capital, y los exponentes de la opresión, ya sea en el congreso, en el gobierno y en las municipalidades», para concluir llamando a sus compañeros de clase a «no hacerse más doradas ilusiones, verdes esperanzas, ni quimérica salvación en el congreso ni en el gobierno: ellos también son capitalistas y por consiguiente, están directamente interesados en perpetuar la escandalosa usurpación de nuestro sagrado trabajo».¹⁷⁶ Por su parte, el articulista Olegario Álvarez celebraba el 1° de mayo de 1907 anunciando lo siguiente:

«Pronto llegará el día que el proletariado de todo Chile sienta correr por sus venas el ardor que inflama su sangre y entonces el manso cordero se tornará en el terrible león que hará temblar al especulador desde Tacna a Punta Arenas. Sólo entonces se darán cuenta los zánganos especuladores de quién es el pueblo, ese sumiso pueblo que por largos años ha sufrido apaciblemente todos los vejámenes y hostilidades del dios dinero. El proletario, esa masa llamada pueblo, que hoy con tanta paciencia soporta humillaciones y se hace esclavo del capitalista, es más poderoso y más fuerte que todos sus verdugos; sólo falta un poco de unión y solidaridad y hacer causa común con todos sus compañeros y entonces el capital temblará a sus pies».¹⁷⁷

Con este tipo de expresiones, sin embargo, se cruzaba un umbral que el Partido Democrático, respetuoso de la legalidad y reacio a las concepciones monoclasistas, finalmente se resistió a transgredir. Eran muy pocos los demócratas que, como el Recabarren de 1907, se atrevían a afirmar que «los obreros deben apoderarse del poder político aun empleando para ello la revolución armada», o que «la Democracia sola, no es ideal moderno que pueda realizar el verdadero bienestar que perseguimos con nuestra organización y con nuestra lucha política; necesita la democracia completarse con los ideales socialistas que sustentan, hasta la fecha, la forma más acabada y completa

175 *El Pueblo* (Iquique), 25 de septiembre de 1901.

176 *El Pueblo* (Iquique), 26 de junio y 1° de julio de 1902.

177 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 1° de mayo de 1907.

de los sentimientos de la humanidad para realizar su felicidad verdadera».¹⁷⁸ Para el común de sus correligionarios, la emancipación obrera todavía podía lograrse a través de la incorporación pacífica de los excluidos al festín de la modernidad, o a la empresa mancomunada, en la que debían estrechar filas trabajadores y patrones, del progreso y la nación. La clase, en su visión, seguía siendo parte de un todo más amplio, y no la forjadora exclusiva y excluyente de una sociedad mejor.

6. IDENTIDADES Y UTOPIÁS

Durante las dos décadas que enmarcaron el tránsito del siglo XIX al XX, el norte salitrero chileno asistió a la constitución definitiva, en los niveles discursivo, organizacional y político, de una clase obrera. No es que quienes la integraban no hayan existido antes como actores sociales concretos, pero fue sólo en esa coyuntura que comenzaron a pensar y hablar sobre sí mismos específica y reiteradamente como clase, y a hacer de ese referente identitario el punto de apoyo para su acción colectiva y sus sueños de futuro. Éste no fue, por cierto, un fenómeno monolítico o uniformemente repartido. Como lo han demostrado las páginas que preceden, dentro del emergente discurso obrero coexistieron diversas líneas paralelas, con énfasis y proyecciones diferentes, al tiempo que muchos integrantes de la clase seguramente no se sintieron directamente interpelados por su llamado, o al menos no le otorgaron un valor prioritario como fuente de identidad. Pero el número de quienes sí lo hicieron fue en sostenido aumento, al punto de que incluso desde fuera del mundo obrero surgieron voces, como la balmacedista, que sintonizaron con ese discurso, aunque sólo fuese por motivos instrumentales o para recomponer hegemonías en proceso de erosión. Ya entrado el siglo XX, el ser obrero, en sus diversas y no siempre coincidentes acepciones, ocupaba un sitio indelible en la arquitectura política y cultural de la sociedad pampina.

Atravesando la diversidad de voces que este artículo ha recuperado, se pueden distinguir tres grandes demandas en torno de las cuales sus emisores procuraron articular la nascente identidad obrera. La primera fue una simple demanda de humanidad, inspirada en los valores que venían levantando desde hacía más de un siglo las propias elites ilustradas, y que encontraba su principal marco de referencia en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que la prensa obrera tanto gustaba de evocar.

178 *El Pueblo Obrero* (Iquique), 25 de mayo y 5 de octubre de 1907.

Comparando la nobleza de ese proyecto emancipatorio y de dignificación personal con la precariedad concreta de sus propias vidas, todos los portadores de la palabra obrera coincidieron en denunciar su exclusión de los beneficios que supuestamente debían brindarles la razón y el progreso. En tanto seres humanos depositarios de derechos universales e imprescriptibles, nada podía justificar las miserias, las injusticias y la brutalización en que transcurrían sus días, más aún cuando ellos eran no sólo el componente mayoritario del cuerpo social, sino, en su tantas veces reiterada opinión, el que más aportaba —o, en algunas versiones, el único que aportaba— al esfuerzo de creación colectiva. En ese contexto, el contraste entre ricos y pobres o, como comenzaba a decirse, entre burgueses y proletarios, se hacía no sólo cada vez más insoportable, sino también más condenatorio de un orden social que desmentía en la práctica lo que proclamaba en la teoría. A fin de cuentas, la aspiración que el discurso de la época denominaba como «regeneración obrera» no denotaba otra cosa que un reclamo de hacer extensivo a las grandes mayorías desheredadas lo que la cosmovisión ilustrada consideraba un derecho básico de todas las personas».

Casi como una proyección natural de esa primera demanda, los discursos obreros revisados configuran una segunda línea argumentativa centrada en el concepto de ciudadanía, condición a la que se consideraban igualmente acreedores, pero que también sentían se les denegaba de manera sistemática. A nivel conceptual, es interesante constatar que la ciudadanía reclamada abarcaba las tres dimensiones identificadas por T. H. Marshall en su ya clásico estudio *Ciudadanía y clase social*: la civil, la política y la social.¹⁷⁹ En relación con la primera, son innumerables las denuncias de parcialidad o arbitrariedad con que las autoridades responsables hacían valer, tratándose de la clase obrera, libertades civiles tan elementales como las de comercio y expresión, inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, o privación de la libertad personal y derecho a un juicio imparcial. Respecto de la segunda, se ha visto que el discurso demócrata —pero también otras variantes, incluida la «burguesa»— priorizó sistemáticamente el derecho de los trabajadores a participar en el gobierno de la sociedad, no sólo como electores, sino también como ocupantes de los cargos públicos. En tanto miembros de un régimen republicano, los portavoces de la clase obrera reclamaban —y se exigían a sí mismos— el reconocimiento de su condición de sujetos responsables y deliberantes, tan autorizados como cualquiera a intervenir en la

179 T. H. Marshall, *Ciudadanía y clase social*, edición original inglesa, Londres, Cambridge University Press, 1950.

cosa pública. Por último, avanzando un paso más allá de lo que la institucionalidad liberal de aquel tiempo reconocía como elementos constituyentes de la ciudadanía, la demanda obrera también se proyectó hacia sus derechos de participar en la riqueza colectiva que su propio trabajo tanto contribuía a incrementar, reivindicando garantías tales como un salario justo, un trabajo digno, salud, educación y protección ante la adversidad, todas las cuales formarían parte de las futuras luchas en torno de la legislación social. En suma, la reivindicación general de una humanidad digna a que se aludía en el párrafo anterior se aterriza aquí en el terreno de la soberanía popular, tan caro al pensamiento ilustrado, pero tan lleno de tensiones cuando se lo hacía valer en una sociedad atravesada por las contradicciones de clase.

Precisamente, en esa contradicción entre utopía modernista e injusticia social existente, era donde los discursos obreros resumidos hasta aquí enfrentaban su mayor dilema: ¿cómo compatibilizar una demanda de integración paritaria al cuerpo social, ya sea en calidad de seres humanos o de ciudadanos de una república, con una organización social fracturada por la explotación y la desigualdad? Tanto para el marxismo como para el anarquismo, se trataba de un dilema insoluble dentro de los márgenes del orden capitalista: sólo destruyendo los fundamentos materiales e institucionales sobre los que éste descansaba, la clase obrera podía aspirar con realismo a sus sueños de regeneración y de emancipación. En esa óptica, la utopía obrera, la verdadera dignificación de la clase, sólo podía entenderse en clave refundacional, transformando la sociedad existente, por otra, nacida de la iniciativa obrera y ejecutada por ellos mismos. No sólo «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos trabajadores», como le gustaba repetir a Luis Emilio Recabarren citando a Marx, sino que eran sólo los trabajadores quienes estaban capacitados para asumir la tarea histórica de instalar un nuevo y mejor orden social. Así planteada, la lucha por la identidad de clase dejaba de servir a un objetivo meramente defensivo o de incorporación a un proyecto dirigido por otros, para adquirir una proyección casi mesiánica: los desheredados de hoy se erigían en los únicos habilitados para construir el mañana. En mejor forma lo dijo el propio Recabarren, en 1911, al llegar a radicarse en Iquique y fundar allí un nuevo periódico obrero, en un camino que culminaría un año después con la fundación del Partido Obrero — denominación que dista mucho de ser casual— Socialista:

«Somos del pueblo y para el pueblo, en el concepto vulgar de esta frase. De ese pueblo que debe serlo todo y que no es nada. De ese pueblo que produce abundante oro y que vive ¡oh, sarcasmo! en la más triste miseria moral y material. Vivimos en

el fondo de la miseria humana, y desde este abismo, a donde los vaivenes de la sociedad nos han arrojado; desde este abismo, decimos, saldrá nuestra queja, saldrá nuestra protesta, saldrá nuestro grito, nuestro grito sublime, pidiendo reivindicación, pidiendo justicia, pidiendo humanidad! Pero nuestro grito no será una expresión individual, aislada y caprichosa, no; será el grito del pueblo, que en sus horas de angustia, de fatiga, module como una protesta a la indiferencia social, a la crueldad y a la indignidad humanas. Somos socialistas porque aspiramos al progreso de la organización social, a su progreso ascendente que vaya suprimiendo poco a poco todos los defectos de los organismos que constituyen la vida social, hasta llegar a la transformación radical de la sociedad o de los individuos, a medida que la luz y la ciencia penetren en los cerebros. Un fin cuyo horizonte, sin límites, puede explicarse en una sola expresión; la felicidad, pero la verdadera felicidad humana».¹⁸⁰

Fue sobre esa base, a la vez identitaria y utópica, que miles de trabajadores del mundo salitrero se plegaron en las décadas siguientes a un movimiento que se definía precisamente por su dimensión clasista —aunque no siempre en su variante revolucionaria—, y con la que se animaron a enfrentar las ametralladoras en Santa María de Iquique, San Gregorio y La Coruña. Al hacerlo, inauguraron una epopeya de clase cuyas alternativas colmaron la agenda histórica del siglo XX chileno, y cuyo apogeo y tragedia terminaron de anudarse entre 1970 y 1973.

180 *El Grito Popular* (Iquique), 28 de abril de 1911.